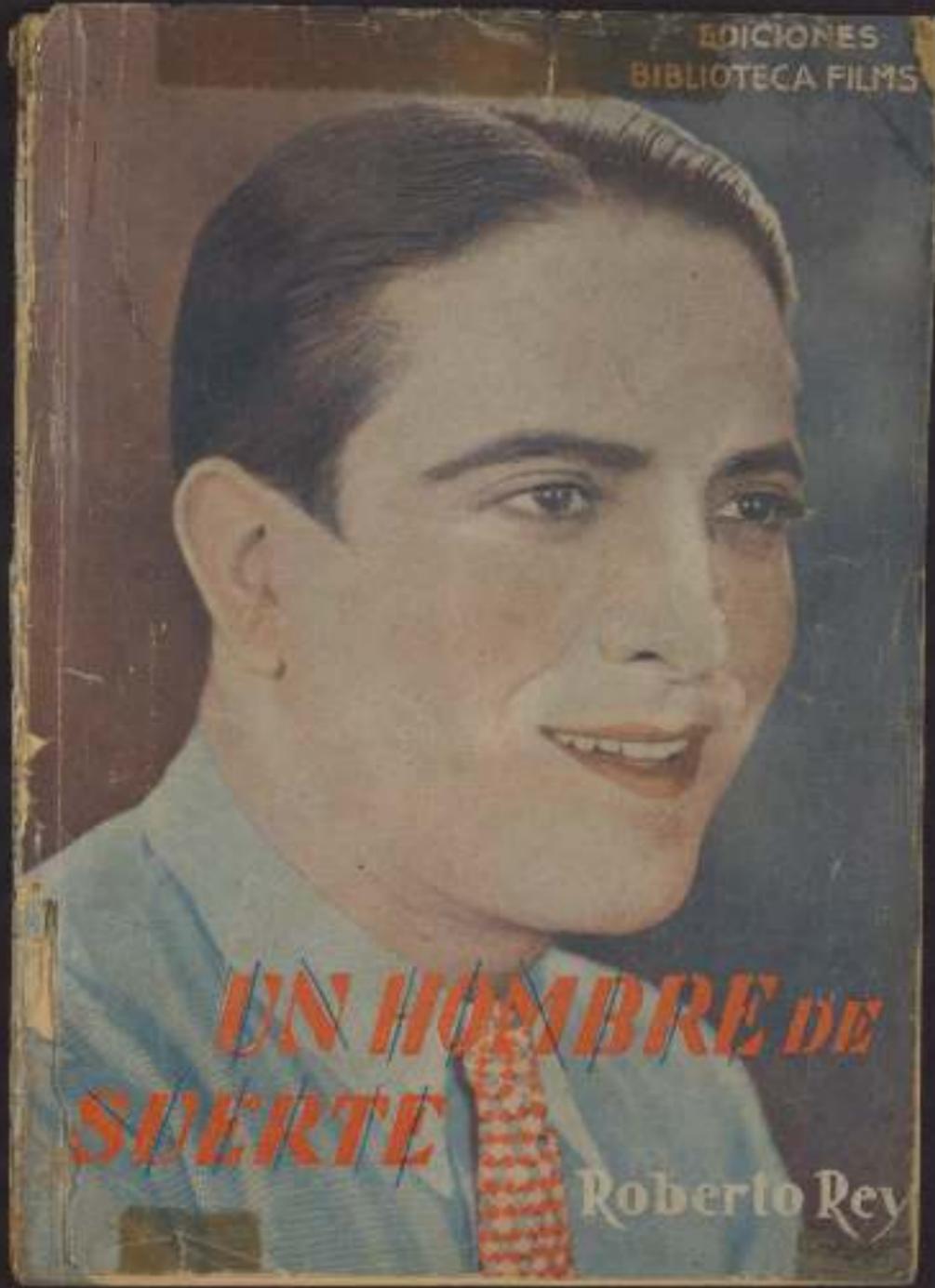


EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS



**UN HOMBRE DE
SUERTE**

Roberto Rey



PRODUCCIÓN SONORA DELAINVICTAMARCA
==PARAMOUNT FILMS==



Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

IMPRESA COMERCIAL - Valencia, 234 - BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

VALENCIA, 234 - BARCELONA - APARTADO CORREOS 707

*UN HOMRE
DE SUERTE*

Adaptación por Muñoz Seca de la comedia de Yves Mirande *Un Trou dans le Mur*

-> y dirigido por Adelqui Millar ->

NARRACIÓN LITERARIA DE

F. López Martínez de Ribera

PRINCIPALES INTERPRETES

DR. LUCANO BARBOSA...	... <i>Roberto Rey.</i>
BERMUDA <i>Rosario Pino.</i>
DON DIGNO <i>Carlos San Martín.</i>
CASTRENSE <i>Valentín Parera.</i>
SAL MÈ... <i>Elena D'Algy.</i>
URBANA <i>María Luz Collejo.</i>
ISIDRA <i>Amelia Muñoz.</i>

UN HOMBRE DE SUERTE

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

EL DR. LUCANO BARBOSA

En una casa de los barrios céntricos de Madrid ha instalado su clínica de medicina general el Dr. D. Lucano Barbosa, joven médico recientemente salido de la Facultad con grandes esperanzas en el triunfo que ha de encontrar a lo largo de la carrera que comienza, lleno de optimismo y seguro de que su voluntad y su ciencia le han de sacar bien pronto del montón anónimo de la medicina madrileña.

En el momento que nosotros penetramos en la casa en que instaló su clínica, nos tropezamos con un obrero que coloca en la puerta del piso en que habita el doctor, la chapa en la que campean su nombre y su profesión. Junto al obrero, contemplando el fin de su labor se

halla una muchacha pizpireta y bonita, encargada en la clínica de abrir la puerta y anunciar a los futuros clientes del joven doctor.

El operario, una vez acabada su labor, se recrea en ella y contempla y relece la chapa y comentando:

—¡Médico ... Esta es una carrera y no la mía.

—Ya lo creo—observa la muchacha cuyo nombre, con perdón de nuestros lectores, es el de Isidra—. Y sobre todo médico como don Luciano... No se puede usted hacer idea de lo listo que es este hombre... A mí me ha colocado para abrir la puerta a los enfermos y a mi padre le va a colocar de esperante...

—¿De qué?...—pregunta extrañado el carpintero.

—Vamos, de uno que se sienta ahí fuera, como aguardando, habla con los enfermos, se entera de lo que le duele a cada cual, entra, se lo dice a don Luciano, para que éste pueda decir a los enfermos cuando entren: «No me diga usted lo que tiene que ya lo he adivinado... Usted padece de los riñones...»

—¡Mi madre, qué aguilta de tío... Bueno, esto se ha rematao... ¿Hay algo más que hacer?...

—Pase usted, que tiene aún que colgar un candelario...—le dice al operario la pizpireta muchacha, señalándole uno que espera que le cuelguen en el sitio de destino.

Sonríe el operario ante lo que él considera un barbarismo de la muchacha y la alecciona, diciéndola:

—No se dice candelario, preciosidad... Se dice almenaque...

Isidra le mira con gesto de desprecio y abandona la habitación molesta por la lección del carpintero, que sonríe y se dispone a continuar su dexeansada faena, interrumpida a poco por la llegada del doctor, que abre la puerta de su casa silbando una cancioncilla de moda y saluda al operario, que continúa su labor, mientras Isidra, que ha acudido al oír la llegada de su señor, contempla a éste extasiada y llena de satisfacción por la suerte que le cupo sirviendo a tan elegante y joven señorito.

El doctor, al darse cuenta de que encima de su mesa se encuentra el teléfono, se dispone a servirse de él, pero se lo impide el carpintero, quien le hace ver que no ha sido aún colocado.

El operario, una vez hubo colgado el almanaque, se retira, no sin demostrar que espera de la generosidad del doctor algo más que un saludo de despedida. Pero la generosidad del doctor tiene un límite y éste reside en su falta de dinero, por lo que se ve obligado a decir al esperanzado:

—Tome... con interés lo que le dije respecto a su trabajo.

Sencillas palabras que hacen que la despedida del obrero sea un poco descortés, ante lo que, ya solo, sonríe el nuevo galeno, que se tumba en una butaca y sueña en su porvenir, lanzando bocanadas de humo de un cigarrillo de cincuenta, único que está al alcance de sus posibilidades económicas, mientras Isidra le mira embobada, sin poder contener un suspiro que hace salir

al buen doctor de su ensueño, en tanto la muchacha ruborizada vuelve a su trabajo, interrumpiéndole para decir al doctor:

—Mi madre me ha dicho que va a venir a verle el cacharrero de la esquina, que padece de *dispepsia*...

—¿Han traído algo para mí—pregunta el doctor a la muchacha.

—Sí, señor..., un paquete...

—Debe ser la blusa para operar... ¡Cuidado!... No conviene que ~~esea~~ con nada, para que no pierda la asepsia.

El doctor desenvuelve el paquete auxiliado por la muchacha que le ayuda a ponerse la blusa y le pregunta:

—¿Cuál será su primera operación?...

—Me gustaría que fuese algo inesperado—contesta el doctor—. Un señor que en el teatro se cayera de un palco al patio de butacas... o un duque a quien atropellara un auto en la Puerta del Sol.

Isidra, extasiada, le arregla los pliegues de la blusa; pero el doctor la hace abandonar su intento, pues teme que la asepsia de la blusa salga mal parada de manos de la infeliz muchacha.

La blusa del doctor es algo así como una funda que le envuelve y le arrastra, como si hubiese sido cortada para un gigante y no para un humilde doctor de 1'500 metros de estatura.

—Corta no le está—se atreve a decir la muchacha.

Y como si el destino pretendiese demostrar al doctor

el aserto de la muchacha, se enreda los pies con los faldones de la blusa y allá va nuestro galeno al suelo con asepsia inclusive, rogando a Isidra, que pretende ayudarle, que no lo haga, pues peligra la asepsia, que debe ser una cosa verdaderamente absurda en la mente de la muchacha, que no se atreve a levantar a su señor.

—La costurera de enfrente le podría acortar la blusa al señorito...

—Pero... ¿usted cree que lo hará con asepsia?...

Yo creo que sí, porque está loca por usted desde que la curó la ronquera... ¿Quiere que la avise?...

No se espera la muchacha a que la contesten y sale diligente a avisar a la que ha de llevar la blusa de su señorito a la normalidad.

Mientras está la muchacha a buscar a la costurera vecina, y sueña el doctor con una clientela que le permita derrochar su ciencia, llaman a la puerta, viéndose el doctor obligado a salir a abrir.

No esperaba tan pronto visita de cliente alguno y la visita le produce enorme satisfacción... Pero hay que epatarla... Hacerla creer que ha caído en manos de un médico eminente... Y para ello le muestra propicia la ocasión el teléfono, que aún no está colocado, pero que puede muy bien servir para el caso...

—Pase, pase, señor, y espere un momento, pues he de comunicar con un cliente, antes de poderle atender... No me deja en paz... La salud de Madrid cada día parece más escasa, por lo menos en cuanto a mi numerosa clientela se refiere.

Y majestoso se dirige al teléfono que hace funcionar, ante una sonrisa al parecer comprensiva de la visita que espera a que dé por terminada la farsa.

—¡Oiga!... Es el 44.675?... Sí... Perfectamente... Tendrá que ser a las seis de la tarde, porque a las cinco tengo una consulta con Suñer, Romeo y Muración... No, antes tampoco: no puedo faltar de aquí... ¿no ve usted que se me llena esto de enfermos... ¿De acuerdo?... Sí... a las seis... Adiós...

Abandona el doctor el auricular y se dirige al visitante que persiste en su sonrisa al parecer intrascendental... para decirle, creyendo que se trata del cacharrero que le anunció Isidra:

¡No, no me diga nada!... Herradura hipocrática, gesto agrio... Seguramente debe usted de padecer una cruel dispepsia... ¿no es verdad?...

—No, señor. No padezco nada... Soy el inspector de la Telefónica... Le traje esta mañana este aparato y vengo a decirle que hasta mañana no podrá hacer uso de él... De modo que quédese con Dios y... que s'alivie...

Estaba ya en la escalera el inspector y todavía se oían sus careajadas, en tanto el doctor Lucano, hundido en una butaca, en la que hubo de caer por el sonrojo y la plancha que se había tirado... decía:

—¡Abrete, tierra!... ¡Aunque me roce la blusa!... Es una plancha como para ponerle techo al Mediterráneo.

No tarda mucho en llegar la costurera vecina, que

invita al doctor a que pase a su casa para hacerle con más comodidad el dobladillo a la blusa, a lo que accede el doctor, que la acompaña hasta su casa, donde Salomé, que así se llama la vecina, le acorta la blusa mientras mantiene con el doctor la siguiente conversación, recomendada de hondos suspiros, pues no mintió la Isidra cuando aseguró a su señorito que la costurera estaba enamorada de él desde que la curó la ronquera:

—Me figuro que empezará usted a trabajar en seguida... ¿verdad?...

—Tanto como eso... ¡Hay tantos médicos en Madrid!...

—Pero no todos tienen el talento de usted...

—Eso es verdad... Pero de todos modos, es preciso que los amigos me recomienden.

—Yo me voy a encargar de encontrarle clientes... Si esta noche quiere usted que salgamos juntos, le presentaré a un señor que puede proporcionarle mucho trabajo... Es dueño de ciento ochenta taxis, y como es raro el día que no atropellan a alguien...

—¿Cómo se llama esa persona?...

—El señor Verdugo... Con ese va usted a entenderse muy bien.

—Es usted muy amable, Salomé.

—No es amabilidad... es que usted... me es muy simpático...

—Usted también es muy simpática.

—Gracias... Entonces hasta la noche, a las diez...

—Hasta la noche, a las diez.

—Quizá nos veamos antes... Me da pena verle tan solo... A saber cómo tendrá usted la ropa interior...

—Mal, seguramente...

—Si luego tengo un ratito, me pasaré por allí para arreglársela.

—Encantadísimo...

—Hasta luego, entonces... No tardar... Y conste que sigo creyendo que es usted pero que muy simpático.

—Y conste que sigo creyendo que es usted una Salomé que quita la cabeza.

Y sonriéndose y haciéndose guiños, se despiden la costurera y el doctor, que pasa contentísimo a su clínica seguro de que la Salomé se muere por sus huesos.

No hace mucho que ha llegado a su casa cuando entra en su habitación Isidra, que reclama sus auxilios para el pendolista del sótano que al parecer se ha tragado algo gordo.

Sale Lacano precipitadamente y se encuentra al llegar al sótano con un hombre que se asfixia por haberse tragado una nuez... y al que intenta el doctor extraer el cuerpo extraño sin que tenga necesidad de recurrir a remedios heroicos, pues apenas le pone la mano en el cuello sale la nuez por sí sola, aliviando tanto al paciente como al médico y llenando de satisfacción a los curiosos que felicitan al doctor, a quien el paciente, agradecido, estrecha la mano diciéndole:

—Doctor... Yo no soy rico, y no tengo en mi casa más que ese libro y ese cuadro... pero se los regalo a

usted... El primero era de un pintor de mucho nombre y el segundo perteneció al último conde Ganuza.

—Gracias... Los acepto.

Momentos después, de los sótanos sale el doctor cargado con su libro y su cuadro, dando gracias a su buena suerte por haberle sacado con bien de aquel caso en que creyó perder su fama por una simple nuez, y diciéndole a Isidra que le acompaña por la escalera...

—Más que un debut, parece que salgo de un beneficio... Cuélgalo en un sitio bien visible, que yo forraré con el brocado de este libro un tomo de versos del Pastor Poeta.

Ya en su casa, y mientras Isidra cuelga el cuadro haciendo mil equilibrios para no caerse, el doctor desforra el libro del pendolista del sótano y al hacerlo deja al descubierto un pergamino que desdobra y comienza a leer lo siguiente:

«Hijo mío: cuando encuentres este documento en el lugar convenido, habré sido ejecutado sin piedad. Este pergamino encierra mi última disposición... Lee:

»Escondí en mi castillo dos millones en monedas de oro... Están escondidas en la pared de la habitación de la torre, a la derecha de la chimenea, la cuarta piedra a la altura de mi hombro.

»Adiós, hijo mío.

EL DUQUE DE MENDA.»

—Lucano, lleno de alegría, da un grito, diciendo lleno de emoción:

— ¡Un tesoro!...

Isidra, asustada por el grito, deja caer el cuadro que está casi colgado y baja precipitadamente de la silla, preguntando:

— ¿Dónde?...

— En el Castillo de los Mendas... pero aquí no hay más Menda que yo... Pronto, la maleta...

— Pero, señorito...

— Déjate de señoritos... La maleta... pronto...

Poco después, en un vagón de tercera del ferrocarril que le conduce hacia el tesoro, el doctor Lucano lee en una pequeña geografía regional:

«Vergel del Llano... Histórico Castillo de Ganuxa, adquirido recientemente por la ilustre familia de Le-saca.»

Don Marcelino de Menda y Tremiño, último conde de Ganuxa, murió del cólera morbo en el año 1865 sin dejar sucesión. He aquí sus últimas palabras:

«Siempre fui bondadoso y apacible; jamás me irrité ni me enfadé, y, sin embargo, muero de un ataque de cólera. ¡Que me aten esta mosca por el rabo!»

LA FAMILIA DE LESACA

Se compone la rancia familia de Lesaca de tres miembros cuyas características esenciales vamos a dar para mejor comprensión del desarrollo de la acción. La señorita Bermuda Lesaca, cuarentona ridícula, amante de los perros y de los crepúsculos amaranto. Lee versos románticos de pésimo gusto, gusta del adjetivo rimbombante y anticuado y posee una cuantiosa fortuna alrededor de la cual revolotean las ansias de su hermano, distinguido crápula que perdió su fortuna, según él, en desdichados negocios, y según sus íntimos, en empresas más o menos galantes que le dieron fama de tenorio, vago y jugador empedernido. No le queda de su antiguo matrimonio ni más caudal ni más recuerdo que una linda y graciosa hija que sufre las trapisondas de su padre y soporta a su tía, esperando llegue el día en que, merced a la dote de su tía, se independice con un matrimonio ya en ciernes. En el momento que a la distinguida familia nos acercamos, se encuentra ésta reunida y con ella el futuro de Urbana de Lesaca, que así se llama la parte más intere-

sante de esta familia, y que no es otro que el joven Castrense, uno de los más ricos hacendados de alrededores del Castillo.

Bermuda tiene sobre sus rodillas una perrita a la que acaricia, con el noble afán que ponen todas las solteronas en este menester. Don Digno, su hermano, lee atentamente el periódico, y Urbana y Castrense conversan.

Bermuda suspende un momento sus caricias al estúpido animalito, que duerme sobre sus rodillas, y dice, después de haber consultado con los ojos un calendario:

—Quiero que os caséis el lunes, día 9.

—Muy bien, tía Bermuda—dice Urbana, con un gesto que dice muy poco de la felicidad que espera encontrar en su nuevo estado.

—¿Qué le parece a usted, Castrense?—pregunta, enfática, Bermuda al que ha de ser su futuro sobrino.

—De perlas, señora—contesta éste, seguro de la dote que piensa conquistar de la ridícula solterona.

—¿Y tú qué opinas, Digno?—vuelve a preguntar la dama a su señor hermano.

—Carezco de opinión, hermana... Lo mismo me da que se casen el 9 que el 10...

—¡Me figuro, sobrina, que ya sabes que te doto con quinientas mil pesetas! Esto unido a lo que te dé tu padre...

—¡Bermuda!...dice don Digno, fulgurándole los ojos de rabia ante aquello que él considera un insulto.

—¿Qué te ocurre, querido hermano?...

—Demasiado sabes que si fuera rico daría a mi hija cuanto tuviese; pero los malos negocios...

—¿Los malos negocios o la mala vida?...

Don Digno, indignado, se levanta aguantándose la rabia y se dirige a su hija y a su futuro yerno, para decirles sonriente:

—Quieres hacer el favor, hija mía, de ver si ha venido Beltrán Gutiérrez a preguntar por mí?...

Castrense y Urbana, que no han podido escuchar con mayor satisfacción la conversación llena de promesas a que ha dado lugar su próximo matrimonio, se dirigen a la puerta acompañados de don Digno, mientras la solterana acaricia a su perrita.

Una vez que ha visto ya lejos a su hija y a Castrense, se vuelve don Digno sirado a su hermana, para decirle en tono de reproche:

—Por Dios, Bermuda: te complaces en mortificarme en nombre de mi hija... Sabes muy bien que yo soy un poeta, un soñador y que los malos negocios me han empobrecido...

Bermuda le mira displicente y don Digno continúa como si no hubiera observado la displicencia:

—Ahora tengo entre manos un negocio que puede resarcirme... Se trata de montar una fábrica de un cemento especial para tumbas y mausoleos, y me han ofrecido cien acciones a muy bien precio: noventa mil pesetas... Si tú quisieras adelantármelas...

—A otro perro con ese hueso... No adelanto nada...

A los Lesaca no los llama Dios por el camino de los negocios... No quiero que diga la gente para desacreditarte más: «Este Lesaca, este Lesaca.»

—Este Lesaca, este Lesaca, está convencido que no le saca nada a esta bruja ridícula—dice indignado, pero en voz baja, don Digno, que se separa de su hermana indignado al ver que ha mellado el filo del sable sin poder sacar nada de su querida hermana.

Mientras esto pasa entre ambos hermanos en el salón, el jardín es escenario de una escena que es todo un poema, pues dice mucho de unos amores de los que debieran ser los héroes de esta novela y por la fatalidad se hallan separados por un abismo, en él de egoísmos y en ella de desprecio al que ha de ser su marido.

Pasean ambos por las galerías del jardín en las que las rosas triunfan bajo la maravilla de una primavera espléndida; pero la primavera, que triunfa y cogalana los rusales, no ha podido conseguir llevar un poco de su sol a las almas aquellas unidas tan sólo por la conveniencia.

Y pasean los dos jóvenes en silencio, aburridos y sin hablarse; él, silvando una coplilla estulta y mirando a las nubes que juguetean en el azul de aquella mañana de mayo. Ella, mirándole de vez en cuando y pensando en lo que el destino le depara en una existencia en la que han de caminar juntos por una absurda imposición del destino.

El jardinero, un viejo y campechano catalán, sonrío

al verles, mientras acude a la puerta del jardín en la que el timbre anuncia la llegada de un visitante.

Efectivamente, apenas entreabre la puerta el viejo jardinero Ripoll, aparece en el umbral la figura altamente simpática del doctor Luciano Barbosa, que al «¿Qué desea?» del jardinero contesta:

—Quiero ver a don Digno Lesaca, conde de Campotejas...

—Pase usted, caballero... ¿Quiere que le acompañe al salón?...

—No... Prefiero aguardarle aquí.

—A su gusto...

Ripoll se dispone a anunciar la visita a su señor cuando es detenido por Luciano, que al ver la torre vieja del castillo pregunta intrigado:

—¿Es esa la célebre torre del castillo?...

—La misma, señor —contesta Ripoll, volviéndose a quitar el sombrero que ya se había encasquetado.

—Cúbrase... ¿Tiene muchas habitaciones?

—Una sola.

—¿Entonces será fácil descubrir...?

—¿Qué dice usted?

—Que no se descubra...

—Sí usted me lo permite voy a avisar al señor su llegada...

—Vaya, vaya usted. Aquí le aguardo...

Ripoll se va y poco después se le oye hablar en catalán con su esposa, a la que encarga que dé aviso al conde de la visita que le aguarda. Mientras tanto, Lu-

cano contempla la torre en la que se hallan encerradas todas sus esperanzas y luego se dirige a la fachada del castillo deteniéndose al pie de la torre objeto de sus ansias, hasta la que, sin darse cuenta de su presencia, llegan Urbana y Castrense, que al dirigir por casualidad los ojos a la torre dice a su futura:

—Me gustaría que tu tía nos regalase este castillo.

—Por lo menos nos ha autorizado para que vivamos en él y hagamos las obras que creamos más convenientes.

—Entonces, lo primero que vamos a hacer es derribar esa torre.

—¿No te da lástima?—pregunta Urbana extrañada.

—Ninguna... Torres más altas han caído... Esas piedras viejas y esas maderas carcomidas no son sanas... Están llenas de microbios medievales... ¡Guerra a lo viejo!... Hay que destruir todo lo que almacene polvo... Nada de cortinas ni alfombras... Lo pintaremos todo de esmalte blanco.

Lucano, que sin querer está escuchando la conversación, sonríe.

Los novios continúan su insulso diálogo, hasta que aburridos bostezan ambos sin saber qué decirse. Por fin, y como decidiéndose Castrense, hace ademán de besar a su novia, diciéndola al mismo tiempo:

—Dame un beso...

—¡Castrense!...—le reprende Urbana sorprendida por el pronto de su novio y a la vez azorada por su libertad.

—Es que vamos a casarnos dentro de quince días y aún no te he dado un beso... Temo estar en ridículo ante ti...

—¡Qué tontería, hijo!... Además, estamos delante de gente—dice Urbana, viendo a Luciano ante la torre absorto en la contemplación—. Debe ser el arquitecto que espera mi padre...

—Tal vez...

—¿Entonces, si no te beso no quedo mal a tus ojos?

—¡Qué disparate!...

Se quedan los dos mirando al suelo y muy aburridos, hasta que por fin Urbana le recuerda a su novio:

—¿No es ya la hora de que te marches?

—Es cierto... No me había fijado... me encontraban tan bien a tu lado.

Pero lo dice con tan poca sinceridad y tan contento por tener que marcharse, que Urbana le da la mano para despedirse de él y luego la espalda, no sin antes haberle dirigido una mirada en la que la desengañada muchacha le envía todo su desprecio.

Luciano, que ha estado al corriente de toda la conversación, se aleja hacia un banco escondido que percibe en el jardín y allí se extasia en la contemplación de la torre del conde de Ganuza. Le despierta de su sueño un ruido de pasos que le hace volver a la realidad, viendo junto a él a Urbana que con su sonrisa más deliciosa le dice.

—Mi padre le está haciendo esperar demasiado... ¡Perdónele!...

—Señorita—contesta Lucano, no menos sonriente—. Bendigo esta espera que me proporciona el honor de hablar con usted.

Lucano la mira con interés y ella, ante la mirada del doctor, baja los ojos un poco azarada; pero viendo que la mirada de éste sigue cada vez queriendo recrearse más en su lozana juventud, y sin saber qué hacer pregunta al desconocido visitante:

—¿Parece que le interesa a usted la torre?...

—¡Oh!... ¡Ya lo creo!... Está muy bien conservada y además del más puro estilo...

—¿Ah, sí?... ¿De qué estilo—vuelve a preguntar intrigada la joven, sin darse cuenta del aprieto en que pone al buen doctor, que así sabe de estilos como un gato de pintar al óleo.

—Pues... pues estilo de... torre...

Urhana, al parecer, ha quedado completamente al corriente del estilo a que se refiere el doctor, junto al que se sienta con coquetería y al que pregunta después de un silencio harto embarazoso:

—¿Verdad que sería un disparate derribarla?...

—¡Quite usted, por Dios!... Quien tal intento realizase acabaría sus días en la cárcel... Creo que van a declararla monumento nacional... Para mí esa torre encierra algo maravilloso...

—¿Le gustan a usted las antigüedades?

—Me entusiasman.

—A mí también; aunque sé que las cosas antiguas tienen microbios...

—Los tienen; pero son microbios de abolengo, microbios nobles, de sangre azul, que dan a las enfermedades cierta dignidad...

—Yo soy una mujer muy poco moderna... Adoro los viejos recuerdos y me gusta respetar la patina de las cosas; sé que esto no es propio de una muchacha del día; pero no lo puedo remediar... Peor para mí.

—Al contrario, señorita: mejor para usted. Demuestra usted con esas aficiones un gran talento y una exquisita sensibilidad.

—¡Qué bien!... Yo que creí que era una estúpida y una ignorante...

—Nada de eso... Como cerebro es usted una lumbrera y como mujer es usted... un bombón...

Urbana sonreía complacida y ruborosa, casi feliz y dispuesta a dar las gracias; pero en aquel momento ve salir a su padre del palacio y se levanta diciéndole a Lucano:

—Ahí viene mi padre... Háblele bien de la torre y dígame que nadie debe tocarla. Es un poeta y sabrá oírle.

Urbana dice esto sonriendo a Lucano con coquetería, y se marcha, dejándole embobado y con la vista fija por donde la deliciosa muchacha se fué.

EL NUEVO CHOFER

Pocos momentos después de la escena que acabamos de reseñar, llega don Digno a donde Luciano se encuentra y ambos se saludan ceremoniosos.

—Buenos días, señor conde—dice Luciano.

—Muy buenos días, caballero—responde aquél—
¿Qué desea?...

—He sabido que necesitan ustedes un chófer y he venido a ofrecerme.

—¿Conduce usted bien?...

—A las mil maravillas... Y de mecánico no hablamos...

—Bien, bien... ¿Cuánto quiere usted ganar?

En este momento son interrumpidos los tratos de los dos hombres por la voz de la solterona, que asomada a la ventana pregunta a su hermano:

—¿Quién es, Digno?...

—Un muchacho que se ofrece para chófer.

—¿Trae buenas referencias?...

—Sí, señora; sí, señorita.

—Llámemme señorita.

—Sí, señora, señorita...

—Digo, Bermuda, que se le podía dar lo que al otro: trescientas cincuenta.

—Trescientas, querido hermano... Al otro se le daban trescientas, con la obligación de ayudar a todo.

—Está bien... Acepto—dice Lucano, deseoso de agradar a la solterona, a la que según referencias sabe dueña absoluta del capital y del castillo.

—Fídele las referencias.

Lucano presenta su certificado a don Digno, que lee lo siguiente:

«Yo, Lucano Barbosa, médico cirujano, con domicilio en Madrid, Ronda de Atocha, 17, declaro haber tenido a mi servicio al chófer Lucas Gómez, hombre escrupuloso, educado y que conduce perfectamente. Se marcha de mi casa con gran disgusto por mi parte.»

—Buen certificado, asegura don Digno mirando a su hermana.

—He tenido que marcharme—contesta Lucano—por no poder resistir el trabajo. El señor Barbosa es un médico excelente que visita medio Madrid, y catorce horas diarias en el volante, eran muchas horas.

—Pues aquí estará usted muy satisfecho. Ahora que tiene que ayudar a las distintas faenas de la casa. Nada importante... Más que trabajar, para usted serán distracciones...

—Por la mañana—continúa el conde—cortará usted un par de strobas de leña, como es muy sano; los sé-dos ayudará usted a lavar la ropa.

—¿Lavar yo la ropa sucia?...—pregunta extrañado Lucano.

—No, hombre: ayudar, acarrear el agua al lavadero, transportar las cestas... Un ejercicio bonito, higiénico... De vez en cuando, ayudará a dar cera a los suelos; divertidísimo... ¿Usted baila?... Porque si baila lo encontrará muy a su gusto... Servirá a la mesa cuando tengamos invitados, y como le sobrará tiempo y no sabrá usted lo que hacer, ayudará a Ripoll, el jardinero... Hágase amigo de él: le enseñará el catalán, que es muy interesante.

—¿Nada más?...—pregunta asustado Lucano.

—Claro que todo esto—le responde don Digo—independientemente de la limpieza del coche y de su arreglo... Venga usted a verlo... Le gustará... Es un coche que llama la atención... Hay quien viene de Madrid con el solo objeto de verlo.

—¿Es posible?... Debe ser admirable...

Y allá van los dos hombres al garaje, donde Lucano ha de tropezar con la sorpresa de tropezarse con uno de los coches primeros que lanzó Voisin allá por el año 1900, coche destartado que queda en arreglar y a ello se dispone cuando se acerca a él Bermuda, que se campaneas como una fragata de tres palos sin timonel ni capitán, pues el primero—el talento—no le tuvo nunca, y el segundo—el sentido común—hace mucho tiempo que anduvo a bofetadas con la arrugada solterona.

—Diga, joven—le dice a Lucano, mirándole con los impertinentes.

—Dígame, señorita...

—¿Cómo se llama usted?...

—Lucas Gómez, señorita, para servirla...

—¿Lucas?... De ninguna manera... Yo tengo la costumbre de llamar a todos mis chófers con el nombre de José.

—Señorita: para mí un capricho de una dama es una ley... José es mi nombre.

—Oiga, José... Suba usted arriba, a la torre, a buscar a Julieta...

—¿A Julieta?...—pregunta sorprendido Lucano.

—Julieta es la perrita... Suba por allí, por la escalera pequeña.

Al desaparecer Bermuda, Lucano va hacia la puerta que le han indicado y sube hasta la torre de sus ansias, en la que entra lleno de emoción, mirando a todas partes, hasta que es interrumpido en su contemplación de la chimenea por Bermuda, que le muestra la perra y le ordena que la baje a que se exponga.

—¿Dónde?...—pregunta Lucano.

—Al patio...

Pocos momentos después, en el patio Bermuda se acerca a Lucano muy amable y sonriente y le pregunta:

—¿Le gustan a usted los animales?...

—Me entusiasman...

—¡Oh!... Muy bien—exclama la solerona—. Eso me hace formar de usted muy buen concepto... ¿Qué?... ¿Le ha visto usted todo: el automóvil, el garaje? El garaje no es muy cómodo; pero mi hermano tiene el

propósito de construir uno nuevo al lado de la torre.

—No soy quién para darle a usted consejos, pero en su caso, me opondría a semejante profanación. Sería estropear esa torre, única en su clase, sin contar con que el garaje instalado debajo de su dormitorio turbaría su sueño.

—A menos que cambiara usted de habitación.

—Es verdad...

—Eso nunca... Estoy encantada con mi cuarto... Es el más viejo del castillo y se conserva como en sus primeros tiempos...

—¿Nunca lo han tocado?...

—Jamás...

—¡Qué bien!—Y la exclamación se escupió de los labios del doctor al saber que aún es lo más seguro que se encuentre escondido en los muros de la vieja torre el tesoro que espera encontrar algún día.

—¿Le agrada?—pregunta complacida la solterona.

—Muchísimo... El arte es una de mis grandes debilidades. Las muestras que los viejos siglos nos dejaron, con la pátina que las cubre y el oro que las viste, decorándolas a la par que los zarpazos del tiempo destructor, me emociona.

—¿En qué se ocupaba usted antes de ser chófer?—pregunta Bermuda a nuestro doctor, asombrada de su cultura y de su verborrea.

Lucavo contesta a la ridícula dama, llevándose la mano al pecho como avergonzada:

—Si me lo permitiera, preferiría callar la respuesta.

Bermuda ve en las manos cuidadas y pulidas del doctor un anillo con un escudo de armas y le dice, como si estuviese en el secreto de toda la verdad de su pasado:

—Ni una palabra más... Comprendo su turbación... Es usted un muchacho noble arruinado...

—Yo no he dicho eso, señorita... Soy un chófer, y nada más que un chófer.

—Tengo la seguridad de que estaré encantada de sus servicios.

Y Bermuda con un aire majestuoso le tiende la mano, que Lucano besa, dando taconazo contra el otro pie y haciendo una flexión como si estuviera en un salón; pero comprendiendo que se ha colado, se excusa con un gesto. Bermuda le mira complacida y sin decirle nada, pero sin dejarle de mirar y acariciando a la perrita se marcha hacia la puerta de la torre, mientras Lucano se queda pensativo y como diciendo: ¡Vaya canafo que me he conquistado!...

En esto está, cuando cargada de flores que se la desbordan entre los brazos como envidosas de sus mejillas y deseosas de acercarse a ellas, llega Urbana hasta donde se encuentra Lucano al que sonríe con coquetería y con el que cambia dulces y acariciadoras miradas, pues no en balde es Lucano un buen mozo y la encantadora joven digna de ser amada incluso por el hombre de más depurado gusto.

Pero el destino está en contra del idilio y el brazo ejecutor de su sentencia no es otro que el viejo jardinero

Ripoll, que viene hacia José y a voz en grito le saca de su muda contemplación a Urbana, diciéndole:

—A ver si te das prisa... Que hay que cortar leña...

Urbana al oír a Ripoll, deja de sonreír, y con un gesto de extrañeza sigue mirando a Lucano, que ante la mirada interrogativa de la joven se queda algo azorado e intenta pasar a su lado sin mirarla. Pero la joven le detiene y le pregunta:

—¿Es usted el nuevo chófer?...

—Sí, señorita.

Ninguno de los dos se atreve a decir más. Lucano saluda reverenciosamente.

LAS ILUSIONES DE LA SOLTERONA

Han pasado ya varios días desde que el doctor Lucano está instalado en el castillo de los Lesaca, y durante este tiempo viene realizando gestiones para llevar a cabo la empresa que le condujo al castillo y le obliga al servicio de la vieja ridícula, que le persigue con sus miradas en incendio constante, segura de que se trata de un noble arruinado, el que llegó a su servicio. En la mañana que volvemos a tropezarnos con el héroe de esta narración, le encontramos en la habitación de doña Bermuda, dedicado a colocar flores sobre uno de los cacharros de la mesita central, vestido con un elegante uniforme de chofer, tan elegante como jamás doña Bermuda se atrevió a poner a ninguno de los que tales faenas hicieron en su casa. Al parecer, el único objeto que le mueve a entrar en aquella habitación son estas flores recién cogidas del jardín de la solterona, que ella seguramente tomará como ofrenda del que desde el día que llegó ocupa un lugar muy alto en lo más escondido de su corazón; pero es muy otra la intención del ambicioso doctor, como lo demuestra el hecho de que apenas se da cuenta de que se halla solo en el recinto de los sueños

de la vieja, que como ya dijimos antes, ocupa la torre, en la que al decir del pergamino, se encuentra el tesoro del conde de Ganuza, toma una herramienta escondida en uno de los cacharros que decoran la estancia y levanta el tapiz que cuelga al lado de la chimenea, dejando al descubierto la cuarta piedra del muro, en la que comienza a trabajar para intentar removerla. Cuando más entretenido se halla en su trabajo, en las habitaciones contiguas, donde tiene su cuarto de soltera la linda sobrina de la solterona, comienza el piano a preludiar una romanza sentimental a la que en dulce acorde se une de pronto la voz de oro de la doncella.

Lucano, al oírla, interrumpe su faena, quedando extasiado durante el tiempo en que la niña entona con su voz suave y purísima una dulce canción de amores que habla de desesperanzas y de ilusiones perdidas. Dura poco la canción, pues sin duda alguien interrumpió a la doncella, que se acerca a la ventana para arreglar la jaula de camarío — otro prisionero en jaula de dorados barrotes—, volviendo otra vez al interrumpido canto, mientras va realizando su faena.

El doctor Lucano la contempla desde la ventana de la torre, hasta que Urbano se da cuenta de que es observada y levanta los ojos hasta él, que contempla en éxtasis. Urbana separa con desprecio los ojos del chófer de su tía, y cierra la ventana para demostrarle más la antipatía con que recibe su fervorosa contemplación.

Lucano hace un gesto de rabia y vuelve a su labor con la inquietud de ser descubierto hasta que al oír la



- Cuidadet... No os fiestes que roce con nada para que no pierda le asepele



- Certo no le así, se atrese a daríte la muchacha.



...Isidra reclamando los auxilios del doctor para el pandolista.



- ¿Es esa la celebre tía del castillo?...



Soy una mujer muy pero moderna... Adoro los viejos recuerdos y me gusta respetar el encanto de las viejas edades.



- La verdad es que... ¡oh no!... no sé como podéis... ¡Eres un... villano!



- ¿DIGO es una mujer, por eso, se va a poner la vida tomándonos las uñas?

voz de la solterona abandona el trabajo, dejando a medio colgar el tapiz... La señora se aproxima en absurdo diálogo con su perrita a la que viene diciendo:

—¡Vamos, Julieta!... ¡No coquetees con el perro del hortelano, que no es de tu estirpe!...

Lucano va hacia el cacharro donde suele esconder sus útiles de trabajo, guarda en él la herramienta de que se sirviera en su labor y se dirige a la mesa del centro donde dejó las flores comenzando a arreglarlas con cuidado en el florero.

Cuando la solterona entra y le ve dedicado a tal labor, como si no se hubiera dado cuenta de su presencia el contempla durante algunos segundos extasiada, para dirigirse luego a él casi con los ojos en blanco y decirle de la manera más cursi y más ridícula:

—¡Oh!... ¡Flores!... ¡Qué amable es usted, José!... Estas exquisiteces me dicen a gritos que es usted noble y alcornoso.

Lucano se inclina como si estuviera en Versalles ante su ridícula señora y como confundido por sus palabras le contesta:

—¡Por Dios! ¡Qué disparate!... Es lo menos que puedo hacer, dadas sus bondades para conmigo...

—No le quite usted méritos a sus delicadezas—dice la vieja solterona abandonando en un sillón a la perrito—. Usted no es fámulo. Usted es un prócer romántico y galante.

—¡Qué ocurrencia, señora!...

En aquel momento Lucano se da cuenta de que el

tapiz que levantó para poner al descubierto la piedra ha quedado mal colgado y podría ser causa de que se le estropease el negocio. Desde aquel momento, apenas hace caso a Bermuda, que continuamente le acaricia con los ojos, ya que no puede hacerlo con las manos, como seguramente sería su gusto. En Lucano germina la idea fija de volver el tapiz a su lugar.

Mientras tanto Bermuda arregla las flores, y ya sin mirarle, dice:

—Pone usted un cuidado especial en el arreglo de esta habitación porque es mi deleite... El lunes arregló usted las cortinas; el martes limpió usted los cristales; el miércoles enceró el piso...

Lucano, que ha ido acercándose a la chimenea durante los instantes en que Bermuda se entristece en arreglar el florero, da un tirón a la tapicería y ya tranquilo dice:

—Y hoy voy a limpiar la chimenea...

Al oír las palabras de Lucano, levanta Bermuda la vista rápidamente, y repone exaltadísima:

—¡Eso nunca!... ¡Usted hollinado, tiznado, ennegrecido!... ¡Jamás, jamás!... Océpese del automóvil... Necesito que me lleve usted al campo..., lejos... muy lejos... ¡Ay!...

El suspiro de la solterona hubiera amustiado todas las flores, de haberlas encontrado en su camino. Lucano, que no puede contener la risa que le retoza por todo el cuerpo, dice:

—En ese caso me voy al garage, con su permiso...

Bermuda le contesta con una leve inclinación de cabeza y le sigue con la mirada que desaparece después de haberla incendiado más con una mirada y haberla hecho una reverente inclinación, digna de un currutaco dieciocheseo.

—¡Qué hombre—dice Bermuda al verle marchar—. ¡Qué hombre!... No sé qué virtudes talismánicas poseo, pero me vuelve loca... ¡Loca!... ¡Sí, loca!... Y...

Y vuelve a suspirar con toda el alma y las cortinas pierden su rigidez y se vanvolean al viento pasional, al parecer, que en tromba despiden los sanos pulmones de la enamorada y ridícula vieja.

En aquel momento, la doncella de Bermuda, acompañada por el peluquero de la señora, llama a la puerta de la habitación, pidiendo permiso para entrar, a lo que accede la solterona, después de haber lanzado otro suspiro hondo como el primero y como el apasionado.

Al entrar la doncella acompañada por el que ha de entrenerse en arreglar la cabeza a la señora—ya tiene trabajo el pobre—, Montserrat, que así se llama la camarera, dice:

—Aquí está don Rosario, que trae los postizos que le encargó usted ayer...

El peluquero, hace una gentil reverencia a la señora, que dice furiosa al oír la indiscreción de su doncella:

—¡Baja lo voz, criatura!... Cierra ahí... ¿Qué necesidad tiene nadie de saber que llevo postizos?...

El buen don Rosario se acerca a la mesita y deja en ella todo lo que al parecer le pidió doña Bermuda, mien-

tras Montserrat sale de la habitación mordiéndose los labios, para no soltar la carejada.

—¿Vine todo lo que le pedí, Rosario? ...

—Todo, doña Bermuda—contesta éste.

—¿El *crayon rouge baiser*, para los labios?...

—Aquí está, doña Bermuda—contesta el peluquero, mostrándosele.

—¿El *crayon esmaltura misteriosa*, para dar forma de almendra a los ojos y ennegrecer el borde de las pupilas?...

—*Voilà*—exclama el peluquero, extrayendo el lapicero de su cajita—; de polvos, traigo el *Poudre-Blanc* de escarcha y este otro de color de te, que está ligeramente lodado y se denomina *Poudre-Te*... Voy a dejar a la señora hecha un sol.

Bermuda, encantada, se sienta en el tocador, y el peluquero comienza a laborar en su cabeza, comenzando por quitarla la ridícula peluca postiza con que se cubre la testa...

—¿Quiere decir—pregunta Bermuda—, que esto de los ojos no me irrita las niñas?...

—No, señora—contesta don Rosario—. Las niñas van a quedar como para jugar a la comba.

Y así continúa la conversación entre la enamorada, que quiere aparecer ante el amado como una sílfide, y el que trata de obrar el engaño, que no podía ser otro que un peluquero de señoras.

Pero dejémosles para ocuparnos del doctor, que en más de un compromiso parece ha de verse encerrado,

desde el momento que aquella predilección de la señora le ha captado todas las antipatías de los criados y de los familiares de doña Bermuda, que vea que a poco que ponga de su parte para conseguirlo, el chofer aquel se va a hacer dueño del castillo y de la fortuna considerable de su anciana dueña.

Una demostración de lo que antecede nos la da la conversación que sostiene Lucano con el viejo jardinero Ripoll, que está dedicado en el jardín a la corta de leña, mientras Lucano se le acerca con las manos en los bolsillos y entonando una cancioncilla, quedándose ante él para contemplar como trabaja, y decirle:

—Duro, duro, que es muy sano el trabajo... Así me gusta Ripoll.

—Por vida de Cambó—contesta éste—. Pero... ¿es que te vas a divertir encima? Pues te advierto que, a pesar del «favoritismo» vas a tener que ayudarme en las faenas del jardín.

—Desde mañana—contesta Lucano pitorreándose del viejo—. Mañana voy a injertar un repollo en un peral, para ver si consigo que eche repollos peras.

Ripoll le contempla despreciativamente, no sin haber protestado con una intergección de marcado sabor catalán y luego mirando a la ventana de Bermuda, dice:

—La verdad es que... hijo mío... No sé cómo puedes... Eres un valiente.

—Pero... ¿es qué?...—dice furioso Lucano, dirigiéndose amenazador a Ripoll, que se guasea de él sin hacerle caso.

La exclamación de Lucano es interrumpida por la voz del conde, que le llama, y a la cual ha de acudir, seguido por la mirada irónica del viejo catalán, que continúa partiendo leña, con la sonrisa más desdeñosa entre los labios.

Lucano se encuentra a don Diego en el garage, cruzado de brazos y contemplando las entrañas del coche puestas al sol por el nuevo chofer, que no sabe qué decirle cuando su señor le pregunta:

—¿Pero, es que usted, pollo, se va a pasar la vida tomándonos las canas?... Así lleva esto diez días y ya va siendo hora de que se le vuelvan a poner al automóvil las piezas en su sitio... Por lo menos me parece a mí que así debiera ser; pero no me extrañaría que estuviera equivocado, porque desde que usted está, pasan unas cosas en esta casa...

Don Digno se sulfura viendo que José no contesta, y le vuelve a preguntar:

—¿Esto es un garage o un puesto del rastro?... ¿Me quiere usted decir por qué no vuelve a montar todo esto?

—Porque no sé...

—¿Eh?...

—Porque no sé cuándo van a traerme las piezas que he encargado: dos violas, tres cornetes y un pistón...

—Le advierto a usted que soy ingeniero mecánico y esas piezas no creo que existan más que en su imaginación y en la Banda Municipal...

—Es que...

—Es que esto se ha terminado... Usted se ha creído

que con pasear a la perrita y darle coña a madama, cumple, y no señor; se equivoca usted. Aquí no es usted más que el chofer, y si mañana no está el coche en condiciones de prestar servicio busque usted otro acomodo.

La escena hubiera acabado mal para Lucano si en aquel momento no se hubiera asomado a la ventana doña Bermuda, que molesta al oír como su hermano reñía al amor de sus amores, clamó indignada desde la ventana:

—¡Digno!... ¿Quieres hacerme el favor de dejar en paz al chofer?

—Perdona, hermana... No me había dado cuenta de que se trataba de tu chofer. Ahora subo y hablaremos, porque esto no se puede tolerar.

Y volviendo la espalda a Lucano salió indignado del garage para entrevistarse con su hermana, a la que pensaba decir lo que opinaba de sus devaneos con aquél, a su parecer mentecato, sin educación ninguna, que parecía querer apoderarse de lo que según él le pertenecería en su día.

—Si no fuera por el tesoro—exclamó Lucano, así que hubo partido don Digno—: ¿Qué se habrá creído este mentecato?... Por lo menos que se figura que estoy aquí para conquistar a esa neurótica... ¡Desgraciado!... Si por lo menos fuera la sobrina... Pero... ¡Ay!... Esta parece ser que ha notado las predilecciones de su tía y cree, como todos, que le hago el amor y me presto a sus insensateces...

Por los ojos de Lucano, debió de pasar la esbelta fi-

gura de la niña que tan amable se mostró con él cuando le confundiera con el arquitecto a quien esperaba su padre, el día que por primera vez llegó al castillo para pedir la plaza de chofer... Se quedó unos instantes contemplando la vertiginosa carrera de las nubes y como si estuviera en un mundo de delicias, lleno de encantos, para su espíritu.

Cuando Lucano volvió los ojos a la tierra, se dió cuenta de que por el sendero que desde el jardín conducía al castillo, caminaba la dueña de sus pensamientos con los ojos puestos también en aquellas nubes que corrían tanto; pero que sin duda no ganaban a su imaginación en la vertiginosa carrera que en ella vivían sus ensueños y sus ideales más hondos.

No conocía Lucano la índole de los pensamientos que en aquel momento ocupaban la imaginación de la niña; pero nosotros que mejor que él sabemos el camino que seguía, podemos asegurar a nuestros lectores que no estaban muy lejos de la figura simpática del joven doctor, que había sabido poner en todo lo que en aquella casa respiraba estatismo, la simpatía arrolladora de su sonrisa y de su expansiva alegría.

Un hecho insignificante hizo volver a Urbana a la realidad de sus horas sencillas: de la cesta en que llevaba el postre cogido por ella misma en la huerta, por escurrirsele una de las asas, se le cayeron unas cuantas magníficas manzanas y unos cuantos melocotones, que fueron rodando hasta las orillas del sendero que la joven seguía.

Notó Lucano lo ocurrido, y a fuer de hombre galante, quiso demostrar a la niña sus deseos inmensos de servirla y se acercó a ella comenzando a coger las manzanas que habían caído a los pies de Urbana, que molesta por la ingerencia del chofer le dice:

Gracias. No se moleste.

—Lo hago con mucho gusto, señorita...

—Yo las hubiese recogido sin necesidad de nadie.

—¿Es que le disgusta mi presencia?

—No tiene que disgustarme ni agradarme... Afortunadamente no está usted a mi servicio, sino al de mi señora tía... Deme la cesta.

Lucano se siente contrariado y herido en lo más vivo de su corazón... Quiere protestar, pero se detiene, y haciendo la mirada entrega la cesta a la joven, que, sin agradecersele y dándole la espalda rígida, se aleja hacia el castillo, quedando a Lucano corrido y avergonzado, sin atreverse a levantar la cabeza del suelo, lo que le impide ver que Urbana, así que llega a la puerta de su mansión se detiene unos instantes y se queda contemplándole con una sonrisa abierta y luminosa, que dice de lo doloroso que fue para ella el verse obligada por las circunstancias a mostrarse tan seca con el pobre joven a quien sus palabras parecen haber herido tanto.

En esta situación la contempla Lucano cuando levanta los ojos hacia ella, que al verse descubierta, baja la vista un poco azorada y entra luego rápidamente en la casa.

Aquella sonrisa que Lucano ha sorprendido, paga bien el mal rato que la joven le hizo pasar, y sonriendo maliciosamente, se vuelve al *garage* sin quitar su vista de la puerta por donde desapareció la señora de sus pensamientos.

Ya en el *garage*, Lucano se sienta tranquilamente, al parecer contemplando las piezas del descompuesto trasto que le han confiado, y en realidad, siguiendo el hilo de sus pensamientos que le cantan al oído promesas, en las que parece residir su felicidad por la franca sonrisa que se va acentuando en su rostro.

Mientras en el alma de Lucano ocurre esto, otro tanto sucede en la de la pobre niña, que se vió descubierta por las miradas del hombre en quien un día se atrevió suponer una ilusión.

La pobre joven tiene un novio oficial, al que se ve unida por el egoísmo de su padre, que sabe que su futura yerno tiene un firme capital, y por el egoísmo de su futuro esposo que espera que la tía de su prometida la dote con una crecida cantidad, que les permita esperar a que la solterona desaparezca, pues, como única sobrina, será Urbana, su única heredera.

Ha cumplido los veinte años; es una preciosa chiquilla; tiene ilusiones infinitas, y cree en el amor. Pero no le ha sentido todavía vibrar encendido en su corazón y piensa que pudo haber sido muy bien el que un día tomó como arquitecto el que pudiera haber levantado en su alma el palacio encantado de su felicidad.

Pero aquella ilusión ha caído por tierra, al ver como

el arquitecto se convirtió en un chofer y el chofer en un cazador de dotes, sin conciencia, desde el momento que ella, como todos, cree que Lucano persigue el capital de la solterona, que no se da cuenta del ridículo de aquella pasión senil que la conduce a todas las insensateces imaginables, con tal de agrandar al que tiene por el hombre más exquisito y más noble de todos cuantos en su vida ya larga se acercaron a ella—que fueron muy pocos.

Sin embargo, no quiere el corazón de la niña romper totalmente el encanto que llevó hasta él la mirada serena y tranquila de Lucano; mirada que hacía creer a Urbana, por su limpidez y la sinceridad que en ella se encendía, que no era la de un canalla vulgar cazador de dotes, como su padre la hacía creer continuamente y como las apariencias parecían tener empeño en demostrar. Recordaba constantemente su primera conversación en el jardín, y presentía que algo escondido debía de existir en el alma de Lucano, que estuviese por encima de lo que los demás querían haber observado en él.

Por esto se iluminó su sonrisa aquella mañana, al contemplar dolorosamente que le habían impresionado sus palabras despectivas, y por esto huyó al verse por él descubierta, y por eso bajó los ojos y le volvió la espalda para ocultar su rubor.

Perdona, lector, que hayamos roto el hilo de esta historia haciendo disquisiciones sobre el estado en que se hallaban las almas de aquellos dos seres, y volvamos

otra vez a reanudar la farsa tal como en la realidad de la vida debió producirse.

Habíamos dejado a don Digno dirigiéndose enfurecido a la cámara de su hermana que le espera sentada en un sillón, muy tranquila, y tarareando una cancioncilla de los tiempos de su primera juventud, sin duda para probarnos su memoria.

Don Digno, al entrar, saludó a su hermana con escasa ceremonia y se puso a pasear ante ella como un fiero león enjaulado y pensando en la manera de encauzar la conversación en la que pretende demostrar a su hermana las estupideces que le está haciendo cometer aquellos amores, que son la comidilla de la servidumbre, y que, a no dudar, trascenderán prontamente a la calle para ser pasto de la crítica y el juicio de amigos y enemigos.

—Déjate de musiquillas y piensa un instante serenamente en lo que haces, que no creo que esté bien ni medio bien a tus años—se atreve a decir don Digno, parando su paseo y deteniéndose frente a su hermana.

—¡Ah!, ¿sí?... ¿Y en qué quieres que piense, en las que tú has hecho en tus años mozos, en las que haces ahora y en las que harás mientras te quede un hábito de vida?... Pues no quiero pensar en eso, porque, de hacerlo, me vería obligada a obrar de muy distinta manera a la que en la actualidad se producen mis actos.

—¡Bermuda!...

—¿Qué?...

—No estoy dispuesto a aguantar tus insultos, y mucho menos tus actos...

—Puedes hacer lo que te dé la gana, siempre seguro de que yo a mi vez haré lo que me parezca conveniente...

—Vuelvo a decirte que esto del chofer va a concluir muy pronto...

—Concluirá, cuando y como me parezca más a tono con mis sentimientos.

—¡Hermana!... La volcánicidad de tu pasión te ha convertido en el hazmerreir de la gente... Es preciso que despidas a ese hombre ahora mismo.

Bermuda mira a su hermano con cierta lástima y, sin hacerle caso, se levanta y se acerca a la ventana, desde la que ve como Lucano contempla sin saber qué hacer, las piezas del automóvil descompuesto, sin tener en cuenta para nada el sol caliginoso que puede derritirle los sesos.

Bermuda se da cuenta de esto y clara cariñosa:

—¡José!... ¡Joselito!... No se ponga al sol sin nada a la cabeza, que va a coger un tubardillo y ya basta con el que yo tengo aquí ahora.

—Bien, señorita... Muchas gracias.

La solterona le dirige una de sus más ridículas miradas, le sonríe y al ver que ya el chofer se ha alejado de las caricias del ardoroso Febo, se vuelve a su hermano y le dice con retintín:

—¡Tabardillo!... Sí... ¡Tabardillo! Y escucha otra cosa... Por nada de este mundo ni del otro despediré a

cse hombre... Si eso te molesta, coge las maletas y a Madrid.

—Está bien... Parece mentira hasta qué extremos conduce la tontería a algunas mujeres ...

Y don Digno, muy ídem, contempla con desprecio a su hermana y sale furioso de su habitación, volviéndose al llegar a la puerta para preguntar a su hermana:

—¿Es esa tu última palabra?

—No; dile a José que desde ahora le daré seiscientas pesetas mensuales...

—¿Eh?... ¿Cien pesetas más que a mí?... ¿Pero, estás loca, Bermuda?... Me voy por no escucharte.

Y, efectivamente, presa de la mayor indignación por lo último que escuchó, sale de la habitación perseguido por las palabras de su hermana que casi en éxtasis y con los ojos en blanco le contesta:

—¡Loca, sí!... ¡Loca!... Pero es que ese hombre... la filarmónica de su voz arcángélica... su aire supramundano... su gachonería y su donaire me han matado. ¡Ay de mí!...

Y se deja caer en una butaca sujetándose el corazón con ambas manos, con tan humano dolor, que más que risa da lástima su estado.

¿Qué culpa tiene una pobre mujer a quien nunca el amor quiso sourceir ni una vez tan sólo, que se atreva a soñar con la felicidad que la sostuvo siempre vedada a pesar de poseer capacidad de amor y un alma sensible a la caricia de un alma a quien seguramente hubieran hecho falta sus excesos si por ella hubiesen sido compren-

didos, y si hubiese cerrado los ojos a la fealdad de su rostro, para pensar solamente en la belleza del alma de la pobre y ya ridícula solterona?...

Pero el amor no sabe de estas cosas y cierra generalmente sus ojos ante aquello que hiera su retina con una fealdad...

Sin embargo, en este caso el amor sonríe, pero hay en su sonrisa tan sólo lástima.

EL AMOR HACE MILAGROS

Han pasado varios días desde que la anterior escena se desarrolló en el castillo de los condes de Ganuza.

Mañana clara y perfumada que cubre de flores los rosales del jardín y satura de suaves emanaciones la atmósfera límpida. La lozania de los jazmines, los clavelos y las rosas incendian la mañana y cubren con su exuberante polieromía los mármenes y arrayanes que se extienden hasta los mismos muros del castillo.

Lucano se dedica a la limpieza del salón del castillo y poco a poco va dejándose ganar por los efluvios de la mañana y por el dulce peso de los rayos que el sol envía a la tierra para germinarla y derramar sobre ella el gayo tesoro de su primavera.

Las abejas zumban entre las flores, libando mieles de su perfumado cáliz. La gárrula y parlara tropa que entre el ramaje revolotea y juega, canta a la vida y al amor con todo el lírico tesoro de sus millares de arpas. Primavera en el cielo y en la tierra, como en todos los

seres de la creación. Las golondrinas se persiguen juguetonas y los vencejos cruzan vertiginosos el cielo en todas las direcciones. Volatines en el azul. Fiestas aéreas de los aviones de pluma, en la que toman parte como espectadores las flores y las fuentes de las albercas, que en un afán de compartir lo alto, lanzan al azul el aírón de sus líneas dorado por el sol.

Lucano se ha detenido en su faena y contempla desde la ventana los cielos plenos de sol y la tierra plétórica de flores. Un suspiro se escapa de su pecho al fijarse en las ventanas de las habitaciones de Urbana, que a aquella hora debe de estar preparándose para la comida, que en el castillo se hace, según la proverbial costumbre castellana, a las doce en punto. Pero las ventanas permanecen cerradas a pesar de sus ansias y de sus miradas que quisieran atravesar las maderas que las cierran a su indiscreción.

Lucano vuelve a suspirar y abandona la ventana, para acercarse al piano en el que un retrato de Urbana se le muestra sonriente en un marco dorado. Muchas veces tuvo la intención de robar aquel retrato que quisiera tener sobre su corazón, sobre todo desde el día que vió al original sonreírle dulce y serenamente, como para pagarle el mal rato que le causaran palabras que pronunciaron sus labios y no salieron de su corazón.

Poco a poco se va dejando ganar Lucano por aquella sonrisa y por la inmensidad que parecen encerrar aquellos ojos. La mañana de primavera, que estalla en maravillas sobre todas las cosas, le hace olvidar su papel

y dejándose arrastrar por el amor, que poco a poco supieron engendrar en él aquellos ojos, abre el piano y comienza prefundiar una canción que a los pocos momentos rompe su garganta, de la que sale a borbotones toda la pasión que siente por la linda criatura que le contempla desde el retrato imposible, ante tanto amor.

«Palomita blanca, palomita bella».

dice la canción que sale del alma del doctor enamorado.

«Palomita blanca, palomita bella».

parecen repetir las fuentes que cantan y los pájaros que modulan ocultos arpegios, en los árboles del jardín, y

«Palomita blanca, palomita bella».

oye sorprendida Urbana, que no quiere dar crédito a sus oídos y se acerca al salón para sorprender al que tan maravillosamente canta.

Nosotros hubiéramos hecho lo mismo, pues el joven doctor Luciano canta admirablement y tiene una voz fresca y acariciadora que pronto llega al alma de la que escucha escondida tras los cristales de la puerta de entrada del salón.

Urbana, sorprendida, quiere saber quién es el que canta tan dulcemente, y se asoma por la puerta entresabiada, viendo con sorpresa que aquel que así se entretiene es Luciano, sonriendo complacida ante el descubrimiento y ruborizándose dulcemente sorprendida a su vez al ver que es a su retrato al que parece dedicar sus lirismos el cantante.

El corazón de la pobre joven late con violencia inusitada como si algo muy grande y muy hermoso hubiera

hecho en él su nido. Poco a poco va serenándose para escuchar contenta y feliz la canción aquella que habla de amores comprimidos, de cielos caperados, de ideales rotos y en la que late una extraña pasión exaltada que va moderando sus tonos hasta convertirse en un acariciador lamento que a la par que se prende en el cielo azul de la mañana clara, incendiada en sus lumbres el corazón de la joven, que contempla dichosa, como al acabar, Lucano acaricia el retrato—su retrato— y le besa apasionadamente, colocando junto a él una de las más bellas flores que decoran la estancia, y en la que su exaltada pasión borda un beso furioso que deposita con la flor de las plantas de la dueña de su amor y de sus ilusiones.

La pobre niña se sujetó con ambas manos el corazón con exceso feliz, y viendo que Lucano hace ademán de marcharse, se oculta rápidamente, para no ser sorprendida, esperando a que el chófer de su tía se aleje, lo cual no tarda mucho en ocurrir, pues Lucano, harto de besar el retrato, se aleja del salón sin dejar de contemplar la imagen adorada que continúa sonriéndole.

Pocos momentos después está Lucano en el comedor, y Urbana ha ocupado su puesto al lado del piano.

Urbana es feliz. En el camino del comedor se encontró con el chófer que clavó en ella sus pupilas llenas de fuego, y pasó junto a él sin hacerle caso y como si al pasar su tuviera que hacer ningún esfuerzo para contener su corazón que la arrastraba, en impulsos locos, a decirle todo lo que en él se encerraba de amo-

roso y dulce, de dichoso y esperanzado en una mejor vida llena de felicidades sin cuento.

Los ojos de Urbana van a acariciar a la rosa que junto a su retrato colocó él y sus manos a acariciarla. La rosa, en sus manos, parece un corazón, y como si lo fuese es tratada, acariciada y por fin besada con todo el amor que se ha visto obligada a reprimir. Luego la joven se la prende en el seno y feliz se abandona a un dulce pensamiento, en el que el amor va poniendo sus luces que desvanecen obstáculos y acaban con las sombras que entenebrecían lo que podemos llamar sus primeras ilusiones de doncella.

Hasta entonces, nadie, ni su novio siquiera, había sabido penetrar en el arca cerrada de su alma y nadie había conseguido hacer latir su corazón con aquella fuerza. Pero, como a todas las mujeres, la había sonado su hora de amor y se abandona a su dulzura, sin preocuparse de la posición del ser amado a quien por el hecho de serlo creía el más noble de todos los hombres y el más guapo y el de más talento. Sus ansias juveniles durante tanto tiempo reprimidas lanzaban a volar sus pájaros azules, que eran en este caso ilusiones, ensueños, ideales y ansias infinitas de amar sobre todas las cosas a aquél que había logrado hacer despertar de su letargo a su dormido corazón que agradecía sus caricias, dispuesta a pagárselas con su propia vida.

Urbana fué despertada de sus sueños por la voz de su padre, que entró en el salón preguntándola:

—¿No ha bajado aún la tía?...

—No, papá—respondió la joven, volviendo a la realidad de un modo brusco—. No ha bajado todavía.

—Hace media hora que está la comida dispuesta, y no aguardo más... ¡Tengo una rabia enorme que parece haberseme resuelto en un gran apellío!... Vamos al comedor.

Don Digno da el brazo a su hija y ambos se dirigen al comedor, donde rígido y enfundado en su uniforme espera Lucano. Padre e hija se sientan a la mesa. Lucano, que les ayuda, retiene cuidadosamente la silla de Urbana, que levanta sus magníficos ojos hasta él y los vuelve a bajar encendida.

Don Digno, de mal talante, ordena a Lucano que les sirva, a la que éste se dispone saliendo del comedor con dirección a la cocina.

Padre e hija permanecen serios y sin mirarse. En este momento aparece doña Bermuda a la puerta del salón y su entrada produce una profunda sorpresa en sus familiares, que no están acostumbrados a verla de aquella manera en que la pobre señora aparece.

Don Rosario, el peluquero ha realizado el milagro de realzar las pocas gracias de la solterona, que se muestra a su hermano y a su sobrina realzada en sus escasos atractivos con una peluca rubia, adobada la cara con afeites y cosméticos que nunca usó y encorse-tada, amanerada y cursí, como si la propia cursilería la hubiera vestido.

Lucano, que ha entrado en este momento, no puede contener la risa y la ayuda a sentarse contentándose

cuanto puede, lo cual no deja pasar en alto Urbana, en cuyos se encienden luces de felicidad, pues las sonrisas de Luciano la demuestra que pensó mal al creer que dirige a su chófer una de sus más encantadoras sonrisas, invitándola a que la admire en toda su belleza y que trataba éste de acercarse a la vieja solterona, que como diciéndole: «Todo lo hago por ti, mi adorado tormento».

Por fin, y muy satisfecha de cómo va vestida y de la admiración que ha causado, se dirige a su hermano un tanto así como ofendida, para decirle:

—¡Dios mío, qué prisas!... Ya podíais haberme esperado...

Urbana mira a su tía llena de asombro todavía y don Digno se cala los lentes para verla mejor, mirándola sin pestañear, lo que hace volver la cabeza ruborosa a la anciana coqueta, que exclama un poco picada:

—¿Pero qué pasa que miráis de ese modo?... ¿Es que tengo monos en la cara?...

—Monos, no—contesta don Digno, indignado—. ¡Micos!... ¡Estás hecha una facha, Bermuda!

—¿Tampoco va a poder arreglarse un poco?... ¿Es que soy acaso una dama atocinada y fondina sin líneas ni circunstancias?...

—Eres una birria, Bermuda, aunque te tiñas y te adobes... Nunca dejarás de ser una señora melancólica con más patas de gallo que la Plaza de los Mostenses... y esos adornos no te van... Además, no debes hacerle la

competencia a tu sobrina, que es la que está en edad de casarse.

—¡Vaya un casamiento!... Con un muchacho que no trabaja en nada.

—Corre con automóviles—dice don Digno saliendo en defensa de su futuro yerno.

—Eso no es una carrera ni ocupación. Vivimos en una época en la que todo el mundo sabe trabajar.

—Con la renta que le pasa su padre y los cien mil duros que tú das a Urbana.

—Eso: mis cien mil duros, y a vivir vagueando... ¿no?... ¡Ea, pues no!... La ociosidad es la madre de todos los vicios. Hay que trabajar como trabajan otros más próceres.

Claro es que esto último, doña Bermuda no se lo dice a su hermano, sino a Luciano, que está sirviendo a la mesa.

—No doy los cien mil duros, vaya—continúa enfadada la solterona, ante cuyas palabras su buen hermano pregunta, como si le hubieran puesto un cohete:

—¿Qué?...

—Lo que oyes... Prefiero gastármelos en mis caprichos... Quiero disfrutar más intensamente de la vida y aprovechar bien los años que aun me quedan de juventud.

En este momento entra en el comedor Castrense, el novio de Urbana, que muy contento y deseando congratarse con la tía se dirige hacia ella, al mismo tiempo que don Digno le retiene diciéndole:

—¡Hombre, amigo Castrense!... Llego usted con la mayor oportunidad.

— Buenas noches a todos... Amada tía...

—¡Ya, ya!...—murmura don Digno.

—¿Qué les pasa?...

—Cosas incomprensibles—le contesta su futuro suegro—. Que la amada «tita», como resultado de no sé qué influjo morboso...

—¡Mira lo que dices, Digno!...

—Morboso, sí—repite éste enfurecido—. Dice que no tiene decidido lo de la dote de Urbana.

—¿Eso será una broma, no?—pregunta intranquilo el sobrinito enamorado.

—No, señor—contesta Bermuda, decidida y digna.—Yo daré a Urbana los cien mil duros el día que tenga usted una colocación y trabaje en algo.

—¿Qué tiene que ver el trabajo con la formalidad?... Yo pertenezco a una familia donde una palabra es una escritura... Mi padre me ha fijado, para cuando me case, dos mil pesetas mensuales.

—Pues mejor que mejor... Ya tienen ustedes para vivir.

—Es que...

—Es que nos conocemos... Las dos mil pesetas serían los dos primeros meses, hasta que yo alojara los cien mil, y luego...

—Total, que de eso de la dote no tiene usted nada decidido... ¿No es esto?...

—Está bien... Volveré cuando sepamos a qué atañernos...

Y volviéndose a Urbana, que está escuchando casi con lágrimas en los ojos aquel contrato en que se dirime su felicidad, la dice:

—Te suplico que me perdones...

—Pero... ¿te vas?...—pregunta la pobre niña sorprendida.

—Es para dar una lección a tu tía. En mi familia, una palabra es una palabra.

—Sí—contesta ésta—. Y cien mil duros son cien mil duros... Además, que si no se casa usted con Urbana, me parece que ella y yo se lo vamos a agradecer mucho a Dios.

—Y pensar que de todo esto tiene la culpa un chófer...—exclama indignado el pollo Castrense.

—¡Insolente!... ¡Márobese de mi casa inmediatamente o le mando arrojar por mis criados!—responde doña Bermuda, aliva, levantándose de la mesa y señalándole la puerta con el dedo rígido.

—Sí, señora... Y me voy muy tranquilo... Sé el final que aguarda a ese chófer culpable de este rompimiento... Le aseguro que morirá muy pronto de psicosis.

Cuando llega a la puerta entra por ella Luciano con una fuente.

Castrense le mira como si quisiera que desapareciera de la tierra y se va.

Luciano se acerca a la mesa y se pone a servir sin dar importancia a su labor. Bermuda le contempla con

arrobamiento y le sonríe... Don Digna, al verlo, se levanta furioso de la mesa y se retira del comedor sin decir una palabra. Urbana a poco se marcha también y queda la solterona sola en su contemplación amorosa, de la que sale para decir a Lucano con ternura:

—¡Me dejan sola!... Ya ves lo que supone en el mundo la familia, Joselito!... Cria cuervos y te sacarán los ojos... Pero... ¡Ay!... Me queda la mejor violeta de mi violetero... ¿verdad, Joselín?...

El pobre Lucano no sabe qué hacer para salir del paso, del que le saca la doncella entrando con el postre, lo que aprovecha el doctor para salir de la estancia, próximo a soltar la carajada.

PARTE TERCERA

UN ALMA DOLOBIDA

El palacio de los Lesaca ha visto, temblando con todas sus piedras, que la virtuosa descendiente de una raza de héroes que asentaron sus cuarteles en la historia a fuer de hazañosos hechos y de virtudes múltiples, a más de algún que otro tajo furibundo en la testa de más de un arraceno, ha perdido el equilibrio cerebral y se entrega loca a los devaneos más absurdos, solamente porque el amor lo manda y ella no puede resistir a aquel dulce y soberano imperativo que la obligó a entregar su voluntad a un joven médico madrileño disfrazado de chofer, al que la ya madura señora confundiera con un aristócrata que pretende devolver el brillo a sus cuarteles dedicándose al honroso trabajo que ejerce cerca de la ena-morada sollerona.

La familia de doña Bernuda—su hermano y su sobrina—están verdaderamente avergozados, comprendiendo la extraña pasión que domina a la rica heredera y viendo cómo el maldito chófer va ganando constante-

mente las voluntades de la dueña del palacio y de todo el capital familiar que el hermano ve como está a punto de pasar a otras manos que no son las suyas voraces.

Otro sentimiento que el del egoísmo mueve a la sobrina de doña Bermuda, pobre joven que un día dió cabida en su pecho a una ilusión que el destino agosta al florecer sin tener compasión de su pobre corazoncito enamorado de un imposible.

Como ya saben nuestros lectores, Urbana había puesto sus ojos en Luciano y era dolorosísimo para ella ver como el sér a quien había creído digna de su amor, se dedicaba sin prejuicio moral alguno a hacer el amor a la solterona.

No hace mucho tiempo antes de la escena que vamos a relatar que el padre de Urbana y hermano de la discolu solterona, ha visto por el ojo de la cerradura de la puerta del cuarto de Bermuda, que ésta se entretiene encerrada en su cuarto, bebiendo whisky en compañía de su chofer, presenciando como la camarera, Montserrat, penetra en el cuarto de la enamorada solterona con una nueva botella de whisky.

—Esto va a acabar mal—le dice a su hija, paseando ante ella como una fiera enjaulada—. Ese maldito chofer va a echar por tierra todos mis planes, y no estoy dispuesto a que así sea.

—Pero, ¿qué vas a hacer, papá?...

—No lo sé, hija mía... Tu tía ha perdido la cabeza, y si no ponemos remedio a esa pasión senil que la domi-

na, corremos el peligro de quedarnos sin la herencia que nos pertenece.

—A mí no me importa la herencia esa... Lo único que quiero es salvar a mi pobre tía de las garras de ese adversario sin preocupaciones morales.

—Tú eres una romántica, querida mía... Lo uno es consecuencia de lo otro, y mal podemos hacernos con la herencia si no la separamos de él.

—Había que enterarse de quien es el tal sujeto...

—De eso trato y no hace mucho he telefonado a Madrid, pidiendo informes suyos al doctor Lucano Barbosa, donde dice que prestó sus servicios, durante varios años.

—Parece mentira que tras un rostro tan agradable se esconda una maldad tan honda.

—¿También tú encuentras agradable a ese antipático mequetrefe?... No me faltaba más que oír semejante tontería.

—Hay cosas que no se pueden negar y esa es una, papá.

—Las mujeres estáis todas locas, y no se puede hacer caso de vosotras, ni teneros en cuenta cuando de algo serio se trata.

—No te enfades, papá... Como comprenderás, a mí me tiene sin cuidado ese sin vergüenza.

Ese es el único calificativo que merece el truhán.

—¿Qué haremos?...

—No te preocupes, que yo sabré darle su merecido.

—¿Qué piensas hacer?...

—Espera; no te impacientes... Lo sabrás cuando tenga la certeza de que la personalidad de ese fresco no es la que aparenta, y esto lo voy a saber muy pronto.

—Mientras tanto... ¿Te puedo ayudar en algo?...

—En nada, hija mía... Esperaremos las noticias que de un momento a otro pienso recibir... Voy, entretanto, a observar lo que tu tía hace, no sea que cometa alguna indiscreción que pueda tener funestas consecuencias para todos nosotros.

Cuando don Digno salió de la cámara en donde se desarrolló la anterior escena y se hubo quedado sola su linda hija, ésta, que no podía contener más tiempo su dolor, se abandonó a la tristeza que la embargaba, y lentas y silenciosas lágrimas comenzaron a fluir de sus pupilas, sobre las que el desengaño teja el velo martirizante de un amor desgraciado.

Escapábanse los suspiros de su pecho y una mortal congoja invadía todo su ser en el que el dolor de amar se cebaba, viendo como el ser en quien había puesto todas sus ilusiones caía del pedestal que le alzaran sus sueños de ideal enamorada.

El sol que durante el día había brillado en todo su esplendor, ocultaba su disco enrojecido en el lago de sangre que fingían las nubes del crepúsculo vespertino nuncio de la noche. La naturaleza, en aquel delicioso día del mes de junio, se dormía en el seno de la tarde silente y solamente en el campo las cigarras y los grillos entonaban sus monótonas melopeas.

La estrella de la tarde, había ya colgado en el cielo

su lámpara maravillosa y pronto en el silencio de aquel atardecer de Castilla comenzaron a sonar las esquilas de los recantales que volaban al aprisco, después de pacer cansinos en los rastrojos y en los linderos de la montaña que se vestía con los primeros tonos violetas.

Cuando Urbana despertó de aquel sueño por el dolor convertido en pesadilla, habían sus ojos llorado mucho, pero había, por fin encontrado tranquilidad para su espíritu adolorido en las lágrimas vertidas, en aquellos funerales de un amor apenas naciente.

Urbana volvió a la realidad serenamente y dispuesta a no dejarle ganar, una vez más, por el dolor. Secó sus lágrimas, retocó sus mejillas sastrorudas y se dispuso a salir, no sin antes haber dibujado un doloroso rictus en sus labios prendidos en gulex.

En la torre, donde su tía tenía sus habitaciones, se escuchaban carcajadas y risas que la herían en pleno corazón; pero, así y todo, tuvo valor para soportar su martirio, y se encaminó hacia donde la alegría parecía triunfar encendida por el amor.

LA ORGIA DE LA SOLTERONA

Cuando un hombre se excede suele llegar muy lejos sin pensar que el exceso puede llevarle a grandes males; pero cuando una mujer se excede, que suele ser muy temiendo, acostumbra a no pararse en barras y es capaz de echar por la borda de su inconsciencia preocupaciones y prejuicios, educación y dignidad.

En este caso se encuentra doña Bermuda, a quien el amor había conducido muy lejos con gran enfado de sus familiares, que la ven dispuesta a entregarse a lo que ellos llaman una mala pasión echando por tierra sus planes de herederos únicos.

Al mismo tiempo que se desarrollaba la anterior escena, en la que don Digno llegaba al colmo en su desesperación egoísta y Urbana la copa amarga de todos los dolores que lanza al espíritu un amor contrariado, la solterona, en sus habitaciones, vivía, acompañada del chofer, unos instantes de grata ventura, iluminados por la pasión senil que había hecho presa en su corazón, y



-Es que somos a casarros dentro de quinze dias



-A ver si le das práa... que hay que cortar leña, (García)



- ¡Y pasó junto a él sin hacerle caso.



- ¡Pero qué pena que me dijera de ese modo.



- Veo que dominas usted muchos oficios...



- Aprenda usted, por Dios, antes de que sepan.

«Ora c'ha vanti, si vuole baciare l'altro e la dice un bel perfettamente armonico».



por el whisky que se la había subido a la cabeza y la bailoteaba en la guardiulla como si en ella hubiera caído una orquesta de negros del Camerón.

Cuando la enfrentamos a nuestros lectores, doña Bermuda tendida en un canapé y con una copa en la mano templorosa, está diciendo sonriente a su chofer:

—Quién sabe lo que el destino reserva a cada uno... La suerte es versátil, mutable y volitaria... No sé si el millonario Citroen empezó siendo chofer; pero yo conozco a un chofer que acabará en Citroen, digo en millonario... Acérquese, Joselito...

La solterona parece en estos momentos, a consecuencia de la orgía alcohólica en que se ha sumido, una melopea de órdago que la eleva a la quinta esencia de la felicidad.

Ante ella se ve una mesita con varios vasos y unas botellas de whisky. Está fumando un cigarrillo, pone un disco en el gramófono, llena los vasos y contempla enamorada a Lucano que en aquel momento se halla examinando la tapicería del muro, sin saber que los ojos de su tormento le contemplan extasiados.

—Pero... ¿qué hace usted por los rincones, Joselito? —pregunta doña Bermuda a su chofer, que baja rápidamente el tapiz—. Acérquese usted a mí.

—Como usted mande, señorita.

Doña Bermuda le contempla y le sonríe coqueta, diciéndole insinuante:

—Tome asiento aquí, a mi lado.

Lucano piensa en el tesoro que le espera, cierra los

ojos y se dispone a acatar las órdenes de su señora, que impaciente, ante su resistencia, le coge de un brazo y le sienta a su lado de un tirón, diciéndole:

—No me mire... El rubor opaliza mis ojos...

—Que frase más bella, señorita—le dice zumbón Lucano.

—Cuando fumo—contesta Bermuda alagada—me inspiro y la vena de poesía que discurre en mí soterránea mana abiertamente elevándome al quinto cielo de las exquisiteces...

Doña Bermuda contempla enamoradísima a Lucano y éste, que no sabe adónde volver los ojos, ni sabe lo qué hacer, se ruboriza, en tanto que la anciana mimosa le ofrece un vaso diciéndole con coquetería:

—Beba... Es el mismo vaso en que he bebido yo... De esta manera conocerá todos mis secretos.

Lucano rechaza el vaso diciendo a la apasionada:

—He bebido demasiado... Ya no puedo más.

—¡Por Dios! Ande... Yo lo mando.

—Entonces...

—A la salud de lo que usted más quiera.

—No ha podido decir usted cosa mejor.

Beben los dos y ambos ponen una cara un poco especial, pues a ninguno le gusta el whisky que están bebiendo por imposición de la moda y porque la señora ha oído hablar de este licor como el más apropiado para una orgía de amor, tal cual la están llevando a cabo en la torre de los Mendas.

—Cada vez me sabe peor—asegura Bermuda.

—No beba usted más, señorita... Es un licor que seguramente no se ha hecho para los latinos... Si estuviésemos en la Rubia Albión, tal vez nos llegase a gustar algún día... Pero en España, teniendo el Jerez, parece mentira como haya necios que se atreven a emborracharse con esta porquería.

—Tienes razón, Josefito... Tú siempre tienes razón...

La disquisición vitivinícola de Lucano ha llevado a la solterona a un momento de melancolía... El whisky la ha puesto romántica y cariñosamente se dirige a Lucano entornando los ojos para decirle:

—Josefito: vuelve a coger el libro de versos que me dedicó mi hermano Digno. Dice muchas cosas bonitas de mí... Le di cuarenta mil pesetas por él... Anda, lea en la página 35.

Lucano se dirige a un pequeño mueble en el que se encuentra el citado libro y abriéndole por la página que le señalara su señora lee lo siguiente:

—«Las bellezas de mi hermana Bermuda.»

Bermuda acoge el título de la poesía con un ¡ay! desolador.

Lucano continúa leyendo:

—Todo Bermuda
te ayuda
para ser un bello sér
porque todo en ti hay que ver...
¡Hay que ver!... ¡Hay que Ber ...
muda!

Lucano, ante disparate tan horrendo exclama para sí:

—¡Qué espanto!...

—¿Qué dice?—pregunta extrañada Bermuda.

—Que es un encanto...

—¡Ah!... Creí que su voz angélica había modulado otro adjetivo adverso.

Bermuda, después de haber oído aquellos versos, mira, extasiada a Lucano, y volviendo a ofrecerle a beber, dice:

—¿Otro buchito?...

—Usted también—contesta Lucano, aceptando el vaso.

Y beben los dos otra vez volviendo a hacer el mismo gesto que anteriormente ante lo que ellos creen mal sabor de aquel mejunje que se les va subiendo a la cabeza.

Lucano, que ha notado los efectos del alcohol, dice refiriéndose al vino:

—La voy a coger...

—No, no, ¡por Dios!, que grito...—contesta doña Bermuda, creyendo que se refiere a ella y haciéndose la nausadiza con mojigatos gestos y absurdos ademanes de niña mal educada.

—Pero, ¿qué dice, señora?...

—Nada, nada... Continúe leyendo y abandone sus impulsos de sátiro.

—¡Por Dios, doña Bermuda!...

—No me llames doña Bermuda; llámame Bermuda a secas.

Lucano finge un gran interés por ella al ver el chasco que se ha llevado, hasta que ella, sin saber adonde recurrir para buscar fuerzas y no caer por sí sola en sus brazos, gritando aquello de: «Arráncame el corazón o ámame, porque te adoro», le manda que continúe leyendo el librito de versos.

Lucano intenta continuar leyendo; pero ante sus ojos las letras bailan una zarabanda espantosa.

También en los ojos de Bermuda pone el alcohol una venda y en sus venas un incendio que sólo el amor puede apagar.

Bermuda, que ya apenas ve lo que la rodea, alarga sus brazos hacia Lucano, diciéndole:

—¡Ay, que no veo!... ¿Dónde está usted?...

—¡Atiza!—exclama Lucano al verse asido por los brazos gordezuelos y temblequeantes de su enamorada anciana.

—Acércate más, José mio...

—¡Basta de José!—contesta airado Lucano, al verse así tratado por la alocada ancianidad de su señora— Yo me llamo Lucano y soy médico, y como médico la digo a usted que estoy muy mal y que usted está peor.

—¡Ay, que gracioso!...—contesta Bermuda, casi sin verle y muy amorosa.

Lucano está verdaderamente mareado y muy próximo a perder por completo el mando de su sesera.

—Se me va la vista... ¡Se me va!...

—Que no me voy, encanto... Estoy aquí, precioso.

Lucano en aquellos momentos se fija en el muro y exclama:

—No veo el muro.

—¿Qué dices del muro, ángel mío?...

—Digo que me muero... que me muero... ¡He bebido tanto!...

—¿Que te mueres tú, vida mía?—pregunta Bermuda, casi derretida de amor ante el amado chofer—. No te importe... Si te mueres tú yo también... ¡Que nos entierren juntos.

Y la anciana señora, perdido el equilibrio cerebral, se arroja en los brazos de Lucano que, asombrado al ver en sus brazos a su caprichosa señora, vuelve a encontrar la brújula, librándose de aquel modo de la modorra que se le acercaba.

—Pero... ¿qué hace, doña Bermuda?...

—¡Basta de hipocresías!... José... Lucano... ¡Yo te adoro!

Y dicho y hecho se le abraza al cuello y le besuquen y le estruja, en tanto que el joven doctor naufraga en medio de aquellas caricias que le envuelven y de las que sólo el destino le libra con un golpe dado en la puerta por la camarera de doña Bermuda, Montserrat, que dice desde fuera:

—¿Se puede?

—No se puede...

Pero Montserrat no oye a su señora y abre la puerta,

quedándose absorta ante el cuadro que se muestra ante sus asustados ojos.

—¿No he dicho que no se puede?—pregunta enfurecida doña Bermuda, dejando de abrazar a Lucano.

—Es que está ahí la modista con el traje de baño que le mandó usted hacer.

—¡Ah!, ¿sí?... Ahora mismo voy a ponérmelo. Lucano, no te muevas... Espérame que vendré con él puesto... ¿Qué hace usted ahí parada, Montserrat?

—Nada, señora...

—Pues, lárguese...

—No te vayas Lucano, vida mía... Volveré, encanto mío, mi cielo. «Mon petit coin de ciel bleu.»

Y sin dejar de mirarle y de lanzarle rayos amorosos y dardos envenenados en forma de sonrisas, le deja solo en la habitación, dispuesta a probarse su traje de baño que tal como está es capaz de llevar incluso a confesar.

UNA EXPLICACION NECESARIA

Lucano, apenas abandonó la habitación su conquista, vuelve a tomar sus herramientas y nerviosamente se pone a trabajar en el muro sin darse cuenta de que le observan y de que la observadora es Urbana, que en silencio penetró en el cuarto de su tía, y extrañada contempla, sin saber lo que se propone, como Lucano intenta echar abajo una parte de la pared.

—¿Qué hace usted?—pregúntale Urbana bruscamente.

Lucano trata de disimular, pero le sale bastante mal, pues contesta a la pregunta diciendo:

—Estoy estucando la pared. Sé algo de albañilería...

—Veo que domina usted muchos oficios... El que desempeña al lado de mi tía no puede ser más bajo.

—Está usted equivocada, señorita, y no sabe usted cuánto siento que haya prendido en usted ese absurdo, que no tiene ningún fundamento.

—Ya podía usted haberse dedicado a otra solterona y habernos dejado a nosotros en paz.

—¡Señorita!...

—Desde que llegó usted, mi tía, que era para mí como una madre y que soñaba con verme casada y feliz, sólo quiere hoy que me vaya de esta casa.

Lucano, que durante la conversación no ha cesado de trabajar, contesta a Urbana:

—No se preocupe... Voy a ser yo quien va a marcharse... Ya me falta muy poco... ¿No ve usted como se mueve la piedra?...

—Pero... ¿qué es lo que hace usted?—pregunta Urbana extrañada.

—Un momento... Ajajá... Ahora no hay más que retirarla y ya está... Al fin voy a poder sincerarme ante usted.

—Veo que ha bebido usted demasiado...

—He tenido que beber para que su señora tía me dejara en paz... Me urgía terminar esta faena... Pero aunque he bebido mucho y no tengo muy segura la cabeza, no deliro y sé lo que me hago y lo que me digo.

—No comprendo...

—Usted, como los demás, y esto para mí es lo más doloroso, ha creído que yo le hacía el amor a doña Bermuda, y no es cierto.

—Cada vez lo entiendo menos.

—Yo me he enamorado de esta casa; pero no de su tía de usted... Permítame que me presente a usted, señorita: Lucano Barbosa, médico en Madrid.

Urbana no cabe en sí de gozo, pero no quiere dar crédito a sus palabras.

—Pero... entonces... ¿a qué viene ese cambio de personalidad?...

—Ya la comprenderá en seguida.

—Como no se explique usted más claro.

Lucano continúa:

—He venido a esta casa buscando un tesoro.

—¡Caballero!... Vuelvo a creer que ha bebido usted demasiado.

—He venido, repito, en busca del tesoro de los Mendas... Tome usted y lea.

Urbana, cada vez más asombrada, lee el testamento que Lucano se encontrara un día en el forro del libro que le regalara su primer cliente.

—Pero... ¿será cierto?

—¿Quiere usted ayudarme a tirar de la piedra. Es ésta, la cuarta. Ayúdeme a buscar el tesoro.

Urbana, que ya está más convencida de lo que le asegura Lucano, le mira dulcemente, mientras él, a su vez, la contempla entusiasmado y le dice:

—Manos a la obra... Tire de la piedra... Yo le ayudaré.

En esta faena se hallan los dos jóvenes cuando aperciben que en la escalera que conduce a la torre se oyen voces confusas que llegan hasta ellos, que se ven obligados a suspender el trabajo.

La voz de doña Bermuda se percibe irritada dirigiéndose a don Digno:

—¡No hay derecho!... Esta es mi casa, y yo no tolero que se viole mi morada de esta manera.

—Yo repito que se trata de un malhechor, y suplico al guardia que suba—dice a su vez, don Digno.

—¡Nunca!—se oye exclamar trágicamente a doña Bermuda.

Pasada la primera impresión, Urbana y Lucano se ponen a trabajar con más prisa.

—Pronto—dice Urbana—. ¡Acabe usted, por Dios, antes de que suban, que vienen por usted.

Más cercana se oye la voz de don Digno, que ordena claramente:

—Vengan ustedes conmigo.

—¡Esto es un atropello!... Están ustedes atropellando mi casa... ¡Atrás violadores!... ¡José!... Eche el cerrojo.

Urbana, al oír las palabras de su tía corre a la puerta, echa el cerrojo y vuelve al lado de Lucano, que ya está a punto de quitar la piedra.

Fuera se oye decir a don Digno:

—Es un farsante... El señor Barbosa no ha tenido nunca chofer.

—Me es igual—se oye contestar a doña Bermuda—. Para pasar tendrán que pasar por encima de mi cadáver!

Entre tanto, Lucano, que ha conseguido quitar la piedra, mete el brazo en el agujero que dejó y busca y rebusca sin encontrar nada de lo que esperaba.

—¿Qué?—pregunta ansiosa Urbana.

—Nada... ¡No hay nada!...

—¿Está usted seguro?...

—Alguien ha debido adelantársenos... ¡Malhaya sea!...

La desilusión aniquila a Lucano, que se deja caer en un sillón con la desesperación más honda retratada en el semblante.

Fuera don Digno golpea la puerta y clama:

—¡Abra usted en nombre de la Ley!

—No abras, José—grita doña Bermuda.

—Abra usted, o tiro la puerta abajo.

—No abras de ninguna manera... Yo sabré defenderme...

—¡Calla, idiota!—se escucha clamar a don Digno indignado, volviendo a repetir su mandato en nombre de la ley.

Dentro de la habitación de la torre, Lucano, abandonado a la desesperación y al desaliento, y Urbana, contemplándole cariñosamente y entristecida, reaccionan ante las palabras de los de fuera, suplicando la segunda al abatido doctor que se marcha.

—Pero... ¿por dónde?—pregunta éste fijándose en los suplicantes ojos de la niña llenos de amor y compasión para el ser a quien desde hace mucho tiempo ha entregado su corazón.

—Por la ventana—le contesta.

—Tiene usted razón, señorita.

Lucano se dirige a la ventana, dispuesto a marcharse; pero antes de lanzarse a la huida, vuelve hacia Urbana y tomándola de la mano la pregunta:

—¿Ya no nos volveremos a ver?...

—Yo siempre le recibiría como a un amigo...

—Y nada más?...

—Después de lo pasado...

—Después de lo pasado, Urbana, aún podíamos atrevernos a soñar con la felicidad.

—Usted se marchara a Madrid y yo me quedara aquí abandonada a mis recuerdos. Nuestros caminos, como usted ve, son distintos.

—En nosotros está el hacer que discurren paralelos.

—¿Cómo?...

—Es una pregunta la que hace, señorita, que solamente la podría contestar mi corazón al suyo.

—El mío no puede hacer más que aguardarla.

—Pues entonces espera y perdone, que no tardará usted mucho en tener una que la demostrará como lo que comenzó en devaneo, puede llegar a convertirse en la más bella realidad de nuestra vida.

—Yo esperaré siempre.

—¿Tendrá también confianza en mí y no me despreciará, por lo que puede haber aparentado?

—No podría despreciarle a usted, sin antes despreciarme a mí misma...

Los golpes de los que quieren entrar arrecian sobre la puerta cerrada, sobre el amor de dos seres nacidos para amarse.

Lucano ha cogido entre las suyas las manos de Urbana y las besa emocionado, en tanto ella le envuelve en

la caricia luminosa de sus ojos preñados de lágrimas.

—Adiós, amor mío... Pronto tendrás noticias de mí.

Y por la ventana abierta se lanza al jardín seguido por los ojos enamorados de la niña que sonríe al verle en salvo, acariciando la mano que él besó y besando donde Lucano posó sus ávidos labios en el momento de la despedida. Urbana, cuando le ve ya lejos del alcance de los que le persigue, se dirige a la puerta de la torre y la abre de par en par a los que desde fuera golpean, que penetran en la habitación sorprendidos de no encontrar en ella al que buscan.

—¿Por dónde ha marchado, ese canalla?—pregunta a su hija don Digno, furioso por haber dejado escapar lo que creyera segura presa.

—Por la ventana—contesta ésta serenamente.

—Doña Bernuda, que no puede resistir más tiempo las emociones de aquella tarde, ni el vino que la pobre señora libó durante su amorosa orgía, se desmaya en los brazos de su sobrina, exclamando:

—¡Gracias, hija mía!... ¡Has salvado mi reputación!

—¡Estúpida!—dice don Digno corriendo hacia la puerta, para ver de atrapar al que huye y animando a los criados para que le sigan.

Pero Lucano es joven, tiene buenas piernas y en este tiempo ha conseguido ponerse a salvo.

Entre todas las personas que habitan el castillo, sólo una sonríe deliciosamente, al saber que el culpable chofer ha conseguido escapar. Como mis queridos lectores

se habrán figurado esta única persona, feliz ante la escapatoria del doctor, es Urbana, la encantadora criatura, que ha visto abrirse ante sus horizontes espirituales la aurora de un amor que ilumina su existencia por entero y pone en sus mejillas arrebales de felicidad y en su frente resplandores de amanecer.

EL JUZGADO

Claro es que el intento de Lucano fué huir con rumbo a la Corte, y que con tal disposición salió del castillo descolgándose por la ventana al jardín; pero no había contado con que las tentáculos de la Justicia son largos y siempre dispuestos a coger en sus redes al malhechor.

No había andado mucho, cuando se sintió cogido de un brazo por unos guardias que le esperaban escondidos en el camino de la estación, siendo conducido a pesar de sus protestas, a la cárcel del partido, en la que se vió obligado a pasar la noche, como un vulgar ladronzuelo lo hubiera hecho.

En la celda en que le metieron, poco limpia, maloliente y mal ventilada, no dejó ni un solo instante de maldecir la hora en que su cliente le hiciera el regalo del libro en el que se escondía el pergamino que le incitó a buscar un tesoro.

Pero pasado el primer momento de la noche, fué haciéndose la luz en su espíritu maltrecho y poco a poco fué reaccionando y alejando, con el recuerdo de Urbana, las sombras lúbricas que cayeran sobre su vida.

El recuerdo de aquella criatura angelical que había puesto en él sus ojos y en la que se encerraban, desde que la vió, sus ilusiones, fué luz esplendorosa que arrastró con su luminosidad las nubes negras que le envolvían en la soledad de su celda.

Fijo su pensamiento en el recuerdo de la niña adorada, fué poco a poco perdiendo la noción de lo que le rodeaba y se quedó dormido en su pensamiento de luces doradas, en el que se recreó durante toda la noche, soñando que había dado con el tesoro de los Mendas y que actualmente era poseedor de un fabuloso capital y de una mujercita bella y delicada que le había hecho el regalo de unos angelitos rubios que se enredaban a sus piernas y trepaban por ellas a su cuello, llenándole de suprema felicidad.

En esto estaba cuando fué despertado por su carcelero, que le hizo saber que había llegado la hora de enfrentarse con la Justicia, que con unos bigotes la mar de afusados y llenos de cosmético le esperaba en su despacho, rodeado de los señores de Lecca que solamente esperaban su presencia para que el juez diese comienzo a su interrogatorio.

La mañana era espléndida y el sol entraba alegre y juguetón por entre las rejas de su calabozo, vestido de gala por la mañana perfumada.

Alegre y optimista se compuso sus ropas y dando una palmadita en el hombro a su asombrado carcelero, se dejó llevar hasta el juzgado, silbando alegremente.

El juez, ante su mesa, esperaba al acusado sin dejar de lanzar incendiadas miradas a la que ya sabía rica heredera de los Lecca y que le contestaba con otras no menos llenas de fuego y de apasionada simpatía. Doña Bermuda no tenía manías la pobre, y, como quiera que lo único que pretendía era lograr caricia para su soledad, viniese de donde viniese, coquetaba con el juez, como una tobillera vulgar, pensando que no está mal el adagio que dice: «A rey muerto, rey puesto.»

Don Digno, al ver entrar a Luciano acompañado por un guardia se dirige al juez diciéndole:

—Ahí tiene usted a ese bandido.

—Mira que bandido, con esa caída de ojos...—contesta Bermuda contemplando enamorada aún al que aparece.

—Acérquese y responda—interrumpe el juez dirigiéndose a Luciano, que obedece maquinalmente sin dejar de contemplar cariñosamente a Urbana que le sonríe gozosa y le anima con la luz de sus ojos magníficos.

—¿Por qué hizo usted un agujero en la pared de la habitación de esta señora?...

—Rectifique, amable juez—dice doña Bermuda—, Señorita e independiente.

—Que me place su estado—contesta el juez viéndose envuelto en las miradas fogosas de la dama—. Responda.

Lucano no sabe qué contestar, para no comprometerse ni comprometer a nadie y dirige sus ojos a Urbana como buscando inspiración.

—Vuelvo a repetirle que responda—ordena imperativo el juez.

—Pues...

—Yo lo diré—contesta Urbana ante la sorpresa de la concurrencia, que no esperaba que la joven interviniese en el interrogatorio—. Este señor—prosiguió Urbana—, es don Lucano Barbosa, médico de Madrid.

El juez interviene rápido, mientras todos contemplan al joven, que sonríe:

—¿Y cómo siendo médico se contrató de chofer?... ¿Acaso quería matar más libremente?...

—Todo lo ha hecho a instancias mías—contesta Urbana decidida a salvar a su enamorado—. Yo encontré en la Biblioteca del castillo este documento, en el que se indica que había escondido un tesoro en la torre, y rogué a Lucano que me ayudara a buscarlo.

—¿Y por esa nimiedad han venido ustedes a molestarte?—pregunta el juez a don Digno, que no sabe qué partido tomar y a doña Bermuda, completamente decepcionada ante las palabras de su sobrina.

—Menos mal—continúa el representante de la Justicia—, que he tenido el gusto de conocer a esta encantadora señorita...

—El encantador es usted—contesta entusiasmada

doña Bermuda, a la que el juez no deja de acariciar con todas las baterías de sus ojos oscuros.

Entre el juez y la sollerona da comienzo un diálogo que Urbana y Lucano no pueden oír, pues solamente se dedican a vivir para su mútua contemplación, y don Digno comenta, diciendo para sus adentros:

—Esta querida hermana tuya, así que ve un hombre guapo le dan vértigos.

—Pongan en libertad a este hombre inmediatamente.

—Muchas gracias, señor juez... Puede usted disponer de este su servidor.

—Muchas gracias, doctor.

Doña Bermuda, atrayéndose otra vez la atención del juez, le pregunta:

—¿Y está usted muy contento aquí?

—Contentísimo; pero, desgraciadamente, tengo que marchar hoy mismo a Elche, ciudad a la que he sido destinado y allí me tendrá siempre a su entera disposición... Don Eulogio Sincero... Juez de Primera instancia.

La sollerona no cabe en sí de gozo, correspondiendo con toda el alma a las insinuaciones del juez de los bigotes estridentes y le pregunta mimosa y coqueta:

—¿Partirá con tristeza?

El juez, muy acaramelado, le contesta:

—Después de haberla conocido a usted, con pena muy profunda.

—¡Ay, por Dios, señor juez!... Dice usted cosas capaces de ruborizar a un mármol...

—No digo más que aquello que me impone el corazón, señorita.

—Tengo unas posesiones en Elche y no tendría nada de extraño que me viese obligada a marchar también a dicha ciudad, por una temporada.

—Si así fuese, mi agradecimiento al Sumo Hacedor sería torreababélico.

—Es usted encantador.

—Y usted un ángel.

—¡Por Dios!...

—No quito ni un ala.

—¡Gracioso!

—¡Simpática!

Preside la sala donde se celebra la precedente conversación, un retrato de la diosa Themis y una oleografía del Monarca. La primera está a punto de arrancarse la venda, y el segundo sonríe con su simpático empaque de rey joven. El alguacil se ha vuelto de espaldas a su jefe y se muerde los labios, para no soltar la carcajada, y el escribano revuelve papeles y papeles en la mesa contigua, contemplando indiscreto la escena a través de los cristales de sus gafas de concha.

Don Digno, no sabe lo qué hacer para arrancar al juez de las garras de su hermana. Se siente, ante el secretario y el alguacil, en ridículo, y quiere, cuanto antes,

llevarse a su hermana que a no durar les va a jugar un día la mala pasada de casarse.

Un poco más lejos y sin hacer caso del mundo que les rodea Urbana y Lucano, con las manos enlazadas y mirándose a los ojos, sin apercibirse de que pueden ser contemplados, se despiden sin atreverse aun a decidirse lo que sus almas se están deseando comunicar.

—Muchas gracias, señorita—dice Lucano—, por lo que usted acaba de hacer por mí.

—¿Esperaba usted que hiciera otra cosa?...

—Mi mayor desgracia, Urbana, es que no esperaba nada, ni esto.

—No creo que le haya dado motivo para dudar de mi sinceridad.

—Creí que todavía me guardaría usted rencor, por lo que las apariencias la hicieron creer en principio.

—No le niego que le llegue casi hasta odiar, pero aquello pasó y el odio... acabó.

—Eso me hace creer...

— ¡Urbana!—llamó en aquel momento don Digno, reclamando la atención de su hija.

—¿Qué quieres, papá?

—Como esto está terminado y tu tía no parece muy dispuesta a abandonar la nueva presa que se ofrece a su voracidad amorosa, convendría que la dijese algo.

—¿Qué quieres que yo le diga?... Déjala...

—Díla que ya tiene demasiados años para hacer

tonterías. Recuérdala que dentro de muy poco cumplirá los cincuenta.

Urbana, sonriente, se dirige a su tía, y poniéndola una mano en el brazo le dice:

—Tía: el señor juez tendrá otros quehaceres, y sin duda alguna la estaremos entreteniendo en sus sagradas funciones.

—Tienes razón, hija mía... Es tan atrayente su conversación y hemos intimado en tan poco tiempo... ¿Verdad, don Eulogio?

—Verdad, señorita. Su arrolladora simpatía me ha hecho olvidar por unos instantes mi sagrado ministerio—repuso el juez—. Pero no es óbice e importa un ápice mi tiempo, si éste es dedicado a la contemplación y al exquisito trato de tan amable compañía.

—Es usted versallesco, señor juez—asegura la solterona—y me congratulo de que un incidente sin importancia me haya traído al majestuoso templo de la Justicia, pues bien pagóme la molestia conocimiento de hombre tan educado y galante como vos.

—¿No nos veremos más, señorita?...

—Mi casa está deseando verse honrada con su presencia, y me complacería que antes de marchar a Elche viniese usted a tomar con nosotras el té.

—Si no es molestia.

—Le digo a usted que me encanta su conversación.

—Señorita: admirador rendido de sus gracias, me tiene incondicionalmente a sus pies.

—Beso su mano y llévome de esta casa el recuerdo

más agradable que dejó en mis horas la conversación de un hombre atento. Digno: puedes despedirte del señor juez, a quien no tardando mucho verás en nuestra casa.

—Caballero—saluda malhumorado don Digno, tratando de contener la indignación que le produce el ver como a su hermana le ha salido otro adorador—. Reconócame usted como un devoto amigo.

—Será para mí muy grato volveros a saludar y a servir.

Cuando salieron del juzgado, Luciano había desaparecido y los señores de Lecca se dirigieron al castillo, no sin antes don Digno haber puesto a su hermana de chupa de dómine, por las tonterías que de un tiempo a esta parte venía realizando, sin tener en cuenta su edad y la dignidad de su nombre.

—¿Y qué culpa tengo yo de que los hombres rindan pleitesía a mis encantos?

—¡Pero, hermana!... Si tus encantos, si algunos hubistes en un tiempo, se han evaporado con tu juventud.

—¡Grosero!—clama indignada doña Bermuda—. Desde mañana puedes despedirte de la pensión que hasta ahora te pasaba para que pudieses mantener tus vicios. No quiero criar cuervos para que me saquen los ojos.

—Ya estoy cansado de tí y de tu pensión... No quiero vivir más tiempo sujeto a tu dinero, si esto ha de querer decir aceptar tus ridiculeces de anciana.

Y así continuaron los hermanos hasta que llegaron al castillo, con el disgusto consiguiente de Urbana, que

a pesar de que intentó hacer todo lo posible para arreglar las cosas entre ellos, no consiguió más que uno y otro la mandaron callar, lo que se vió obligada a hacer encerrándose en un mutismo que duró hasta que llegaron a la vieja mansión de los Lesaca, donde acabó la conversación entre los hermanos, nada menos ni nada más que con estas palabras.

— ¡Vieja ridícula!

— ¡Inútil! ¡Grosero!

Como verán nuestros lectores, todo, entre los hermanos Lesaca era edificante y cordial.

La pobre Urbana se retiró a sus habitaciones pensando en lo que había de ser su vida al lado de aquellos dos seres egoístas a los que la sangre la unía; pero de los que la separaba su delicado espíritu.

EPILOGO

Lucano Barbosa está en su cuarto del castillo, quitándose el uniforme que vistió durante el tiempo que estuvo prestando servicio a los Lesaca, y recobrando su personalidad de médico...

Está decepcionado por el tiempo perdido, y, sin embargo, sonríe casi feliz con los ojos vagando por horizontes desconocidos y lejanos. El recuerdo de Urbana no le abandona ni un momento y piensa con dolor en la partida cercana. Ha perdido el tiempo en aventuras que le dejaron inmenso amargor en el alma. Su vida que antes carecía de objetivo, tiene ya a quien dedicar sus esperanzas y sus ilusiones nuevas. El amor que ha sabido inspirarle aquella niña, perdurará en su vida a través del tiempo y la distancia.

En estos pensamientos se halla entretenida su mente, cuando a la puerta de su cuarto, débilmente y como avergonzados, suenan unos golpecitos, y una voz que pregunta:

—¿Se puede?...

—Adelante—contesta Lucano emocionado, pues ha reconocido en lo que llama la voz de su adorada.

Urbana entra un poco avergonzada y se queda contemplando la maleta que en el suelo está dispuesta a ser cerrada para emprender el viaje de vuelta a la Corte.

—¿Por fin se marcha?—pregunta adolorida.

—No creo que su padre tenga deseos de retenerme, señorita—contesta Lucano acercándose a ella.

—El no... pero, ¿por qué no pregunta usted si en la casa existe alguna persona que con toda el alma gustaría de detenerla en ella?

—Sería demasiada felicidad, Urbana. No soy más que un pobre médico que hasta ahora ha fracasado en todo... Si al menos hubiera encontrado el tesoro.

—¿Qué?—pregunta Urbana, ensimismada.

—Pues le diría a esa persona que usted cree que le gustaría retenerme en esta casa...

—No se pare, hombre... ¿Qué le diría usted?

—Pues le diría... que haría bien en retenerme, porque lejos de ella me voy a morir de pena y aquí, a su lado, sería el hombre más feliz de la tierra; que haría bien en detenerme, porque mi corazón solo a su lado

podrá, desde que la conoció, vivir tranquilo, y porque que sólo será vida si la dejan que se dedique a la adoración que ha sabido despertar en mí, y la diría...

—Siga, siga...

—Pues la diría... ¿quiere usted ser mi esposa?

—Y ella contestaría que sí, seguramente.

—¿Usted cree...?

—Ya lo creo...

—¿Aunque no tuviera ningún medio de fortuna y mi posición fuese una cosa francamente deplorable?

—A pesar de eso y a pesar de todo.

—¡Qué lástima que no haya encontrado yo el tesoro que vine buscando!

—¿Y qué culpa tengo yo de que no haya buscado lo suficiente?

—¿Que yo he buscado mal?... No, señorita... Acuértese... A la derecha de la chimenea, la cuarta piedra a la altura del hombro.

—Naturalmente, doctor; pero del hombro de Menda, que según la historia hace constar era jorobado e in-significante.

—¿Entonces?—se atrevió a pregunta Lucano, emocionado y sin atreverse a creer lo que parecían querer darle a entender las palabras de Urbana.

—Pues, entonces... Vea usted...

Y Urbana, feliz por poder mostrar al hombre amado la realidad de sus pesquisas le mostró un saquito de

piel del que sacaron sus manos una porción de gemas y de monedas de oro con las que juega, haciéndolas caer desde lo alto de sus manos al saco.

—¡Dios mío!...—exclama emocionado Lucano—
¿Ha encontrado usted el tesoro?

—Esto es una pequeña parte... Aquello está lleno de monedas y alhajas.

—La felicito, señorita... Ya es usted millonaria y podrá mandar a paseo las impertinencias de su tía... Ahora se podrá usted casar con un hombre digno de usted.

—Yo no soy millonaria ni mucho menos... Esta fortuna es de usted.

—De ninguna manera ...La rechazo en absoluto.

—Y yo también.

Los dos se miran en silencio y se sonríen con toda la claridad que ilumina sus almas enamoradas.

Lucano se atreve a preguntar:

—¿Se atrevería a decir todavía que me quedase?

—Se lo vuelvo a repetir una vez más.

—Tal vez entonces exista un medio de arreglarlo todo. Podemos hacer dos mitades, una para cada uno, y volverlas a unir.

Urbana encantada y ya sin poder disimular su amor le contesta:

—Lo de volverlas a unir me parece la mejor idea.

Lucano estrecha entre sus brazos a su adorada y cada vez más entusiasmado, le pregunta:

—¿Qué diría usted si yo me limpiase los labios y la

diese un beso perfectamente aséptico.

Urbana, llena de felicidad, le contesta:

—Pues le diría... que con asepsia está peor.

Y los dos se mien en un beso infinito y se contemplan llenos de felicidad, mientras Lucano, teniendo entre las suyas las manos de su adorada, le canta emocionado aquella canción que un día cantó a su retrato y que empezaba:

«Palomita blanca, palomita bella»

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

EN MÁS DE 100 TÍTULOS - - EN MÁS DE 100 TÍTULOS - - ARTÍSTICAS ILUSTRACIONES

96 páginas de texto

PORTADA A TODO COLOR

EL ARCA DE NOÉ	George O'Brien
LA MUJER DISPUTADA	Norma Talmadge
TRAFALGAR	Corinne Griffith
LA MÁSCARA DE HIERRO (2.ª edic.)	D. Fairbanks
LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA	Brigitte Helm
EL LOCO CANTOR	Al Jolson
LOS PECADOS DE LOS PADRES	Emil Jannings
EL AMOR Y EL DIABLO	Marie Corda
EL DESFILE DEL AMOR (5.ª edic.)	M. Chevallier
LA INTRUSA	G. Swanson
RIO RITA	Bebé Daniels
RASPUTIN	W. Gaideroff
EL CAPITÁN DE LA GUARDIA	Laura La Plante
¡ME PERTENECE!	F. Bertini
LA FIERECILLA DOMADA	Mary-Douglas
EL GENERAL CRACK	John Barrymore
EL REY VAGABUNDO	J. Mac Donald-D. Kings
CASCARRABIAS	Ernesto Vilches

EDICIONES BIBLIOTECA IRIS

CORAZONES ORGULLOSOS	M. de los Santos
ASTUCIAS DE AMOR	M. de los Santos
EXPENDEDURÍAS DE CARNE HUMANA	A. Vidal y Planas

PRECIO DE LOS TOMOS: **UNA PESETA**

Envíenos número postal y direcciones completas, previo pago del importe en billetes de correo. Emiten cinco etiquetas para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films, Apartado 707. Barcelona

Tarjetas postales al Bromuro y esmaltadas

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 18 postales. DOS PTAS. colección

Serie A

Clara Bow
Eva Carol
Dolores del Río
Janet Gaynor
María Casarosa
Ramón Novarro
Charles Farrell
George O. Beins
John Gilbert
Charles Moran

Serie B

Tom Mix
Tom Tyler
Charles Jones
Monty Blume
Fred Thomson
Eva Ball
Buffalo Bill
Fred Hunter
Chiquilla
Chispa

Serie C

Greta Garbo
Gloria Swanson
Lillian Roth
Vilma Basty
Mary Douglas
Estelita Valentín
Nita Aulin
Adolfo Menjón
Richard Dix
Gary Cooper

Serie D

Los diez más sugestivos besos
por los artistas más simpáticos

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 18 postales. DOS PTAS. colección

EL DESFILE DEL AMOR . . . M. Chevallier
EL ARCA DE NOE . . . Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO . . . Douglas Fairbanks
BEN-HUR . . . Ramón Novarro
LOS CUATRO DIABLOS . . . Janet Gaynor

NO SE VENDEN POSTALES SUELTAS

Pedidos a

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídales hoy mismo,
incluyendo su importe en saldos de correo, y ellos cuidarán
para el envío.

Filmoteca

de Catalunya
Biblioteca



UNA peseta